

Rocío
Guadarrama Olivera

Trayectorias, identidades laborales y sujetos femeninos en la maquila de confección. Costa Rica, 1980-2002

No importa, efectivamente, seguir vivo a costa de lo que sea, sino la manera en que se continúa con vida.

Etty Hillesum, *El corazón pensante de los barracones. Cartas*.

A Elenius, quién supo comprender el significado de las palabras de las mujeres de la maquila y de seguir vivo a costa de lo que sea.

Resumen: En este artículo se analizan las trayectorias laborales de mujeres que ingresaron a trabajar en la maquila de confección de ropa en Costa Rica, entre 1972 y 1996. A partir de estas trayectorias se busca conocer los cambios profundos en sus modos de vida y las formas de interpretación de su existencia, que se produjeron en el contexto de la incorporación de nuevas formas de división del trabajo y de globalización de la producción en el último tercio del siglo pasado. Con este propósito distinguimos entre trayectorias *continuas* e *intermitentes*, y damos cuenta de tres formas de experiencia en el mercado de trabajo, caracterizadas por factores reproductivos, de estrategia de mercado y de logro personal, que eventualmente permiten la constitución de identidades laborales y de género.

Abstract: This article analyzes work trajectories of women whose job involved the global industry of clothes, known as *maquila*, manufacturing in Costa Rica between 1972 and 1996. Starting from these trajectories we are looking for knowing the deep changes in their lifestyles and own existence interpretation ways, produced in the context of the incorporation of new forms of division of production labour and globalisation in the last third of last century. To achieve this goal we make the distinction between *continuous* and *intermittent* trajectories, and give an account of three forms of job market experiences, characterized by reproductive factors, market strategy and personal realization, which allow eventually the constitution of work and gender identities.

Résumé : Dans cet article on analyse les trajectoires de travail de femmes qui ont commencé à travailler dans l'industrie globale de confection de vêtement au Costa Rica, appelée *maquila*, entre 1972 et 1996. À partir de ces trajectoires on cherche à connaître les changements profonds dans leurs modes de vie et les formes d'interprétation de leur existence qui ont été produites dans le contexte de l'incorporation de nouvelles formes de division du travail et de globalisation de la production, dans le dernier tiers du siècle passé. Pour atteindre cet objectif nous faisons la distinction entre des trajectoires *continues* et *intermittentes*, et rendons compte de trois formes d'expérience sur le marché du travail, caractérisées par des facteurs reproducteurs, des stratégies de marché et de réalisation personnelle, qui permettent éventuellement la constitution d'identités de travail et de genre.

[Trayectorias laborales, identidades laborales, mujeres, Costa Rica]

Este artículo busca desarrollar un aspecto poco estudiado sobre el cambio productivo y sus actores, experimentado en Centroamérica en el contexto de la nueva división del trabajo y la globalización de sus economías en los años 1980 y 1990. Es conocida la abundante literatura que documenta los cambios en la economía de los países de la región al quedar inmersos dentro de las cadenas de producción global, en particular de la rama de confección de ropa en el último tercio del siglo pasado.¹ Los estudios sobre los efectos de la industria maquiladora de exportación en la dinámica de los mercados de trabajo y las condiciones de precariedad prevalecientes en las empresas suman también un buen número de referencias bibliográficas.² De frente a estos estudios que analizan los fenómenos socioeconómicos, políticos y culturales desde una óptica macro estructural, en este artículo buscamos privilegiar el ángulo desde el cual se observa la experiencia laboral de las mujeres que vivieron dichos cambios productivos. Si bien se cuenta con trabajos que documentan su presencia en la industria maquiladora, o que describen y denuncian sus condiciones de vida y trabajo,

existen pocas investigaciones que analicen sus motivaciones y aspiraciones para permanecer o cambiar de empleo dentro o fuera de la maquila. Lo que buscamos, en resumen, es estudiar los factores subjetivos que pueden modificar o no sus trayectorias y que a la postre resultan en significaciones e identificaciones laborales distintas a las asignadas desde el mercado.

Para analizar el significado de estos cambios en el mundo laboral y social de los países de la región, analizamos las trayectorias de mujeres trabajadoras costarricenses de la maquila de confección de ropa que ingresaron al mercado laboral entre 1972 y 1996. Su transcurrir diverso desde su primer empleo y, particularmente su acceso al trabajo industrial en distintos momentos del desarrollo de la industria maquiladora de confección, permiten observar aspectos de lo que puede significar este cambio en la vida de mujeres sin experiencia previa en el trabajo en la industria y con itinerarios laborales continuos o discontinuos en la maquila de confección. La heterogeneidad observada en estos derroteros refleja no sólo la de los propios mercados de trabajo, sino también los conflictos entre sus diversos mundos de experiencia, por ejemplo entre la familia y el mercado de trabajo, que se manifiestan en rupturas biográficas agudizadas por la flexibilización del trabajo.

Para abordar esta problemática partimos de una caracterización general del contexto de la reestructuración y globalización de las economías regionales, entre la década de los años 1970 y 1990, en los que la industria maquiladora de confección de ropa se convirtió en el vehículo de esta transformación y, paralelamente, en imán de una numerosa población femenina que por primera vez se incorporaba al trabajo industrial, la mayoría de las veces transitando del campo a la ciudad y pasando por el trabajo doméstico, otros servicios y el comercio. Después de una breve consideración de la metodología utilizada en nuestra investigación,³ se analizan los factores que intervienen en la orientación laboral de la población estudiada, diferenciada por grupos de edad y por la experiencia de movilidad en el mercado de trabajo a partir de su primer empleo. Para complementar el estudio de estas trayectorias, profundizamos en los motivos para buscar y cambiar de empleo, y en el análisis de los significados del trabajo maquilador desde el cuál le dan un sentido a su vida pasada, presente y futura. Como conclusión, ponemos a discusión la hipótesis sobre la viabilidad de las formas identitarias de las mujeres de la maquila dentro de un contexto marcado por la heterogeneidad y pluralidad del trabajo globalizado, pero también por esfuerzos individuales y colectivos para superar las determinaciones sociales y los procesos de socialización que las constituyen.

REESTRUCTURACIÓN Y GLOBALIZACIÓN DE LAS ECONOMÍAS CENTROAMERICANAS

La transformación de los países de la región centroamericana en economías industrializadas, dentro de la lógica de la globalización, fue un proceso que abarcó buena parte del último tercio del siglo pasado y estuvo sustentada en la industria de confección exportadora. A medida que la economía estadounidense modificó sus procesos productivos para “exportarlos” en busca de mano de obra barata, crecieron las importaciones de ropa manufacturada provenientes de los países de bajos costos. En este contexto, las regiones centroamericana y caribeña empezaron a jugar un papel importante como maquiladoras de ropa destinada a este mercado (Chacón 2000). Este giro en las economías regionales no fue homogéneo y estuvo además marcado por guerras internas e intentos de integración comercial regional, que finalmente desembocaron en procesos de estabilización económica y reestructuración productiva. El resultado de estos “ajustes” políticos y económicos sería un nuevo modelo de acumulación basado en la producción de bienes y servicios para la exportación, que se presentó acompañado de políticas de promoción industrial que favorecieron la creación de las llamadas *zonas francas*, que operan como enclaves extraterritoriales, y la localización de subsidiarias de grandes firmas asociadas con empresas nacionales desparramadas en el resto de los territorios nacionales centroamericanos. Esta dinámica globalizadora de la confección dio lugar a dos encadenamientos íntimamente interconectados: el encabezado por las grandes comercializadoras que promovieron relaciones de contratación y subcontratación con las empresas locales, y la expansión de los engranajes últimos conformados por los talleres familiares, muchos de ellos clandestinos, que se desarrollaron paralelamente a la instalación de subsidiarias o filiales de las trasnacionales (Trejos 2003; Pérez Sáinz 2001). Vinculadas a este engranaje, destacan también las microempresas que responden a la demanda de los mercados nacionales, aunque insertas de manera formal o informal en los mercados internacionales, por ejemplo, a través del contrabando de tela o la piratería de modelos de vestir dirigidos al consumo popular.

Para comprender mejor la dinámica de las trayectorias laborales femeninas, conviene precisar las etapas del desarrollo de la industria de confección de ropa en la región y en particular en Costa Rica. Para tal propósito tomamos la periodización propuesta por Trejos (2003), quién apoyándose en fuentes estadísticas por país y regionales establece

con mucha precisión el comportamiento de la industria textil maquiladora y no maquiladora en Centroamérica.⁴ El punto de partida de la etapa exportadora en la región lo sitúa a mediados de la década de los años 1970, y para ello toma como indicador la recuperación que en estos años experimentó la industria del vestido, misma que coincide con las nuevas políticas estadounidenses para proteger la producción de textiles y de ropa de sus grandes compañías. En esta coyuntura, y después de los fracasados intentos para construir un mercado común centroamericano, los gobiernos regionales se dedicaron a configurar el marco legal e institucional necesario para promover la industria maquiladora de exportación y las inversiones extranjeras contempladas como el nuevo eje de desarrollo.

A partir de estos antecedentes, se pueden distinguir dos grandes periodos que corresponden propiamente al despliegue en la región de la industria maquiladora de confección de ropa:

- 1 Primer periodo de inestabilidad política y escaso crecimiento (1979-1989). Hasta mediados de la década del los 1980 la situación de inestabilidad política que vivían los países centroamericanos (guerras de liberación, gobiernos militaristas, acuerdos de paz) impidió el desarrollo de su producción hacia los mercados externos a la región y aún dentro de la misma. La única excepción fue Costa Rica, país que impulsó tempranamente programas de ajuste estructural y que hacia mediados de esta década duplicaba ya el conjunto de las exportaciones de los otros países de la región (Cordero & Mora 1998). Paralelamente, empezaron a despuntar las exportaciones de Honduras y Guatemala.
- 2 Segundo periodo de crecimiento y consolidación de la industria maquiladora de confección de ropa (1990-1999). En esta década, los arreglos de paz en la región, junto con las modificaciones comerciales en Estados Unidos para ampliar sus cuotas de importación, se reflejaron en el crecimiento vertiginoso de las exportaciones de la producción de ropa en el conjunto de la región, particularmente en los casos de Nicaragua, Honduras y El Salvador.

Hacia mediados de los años 1990, hay que anotar también los efectos de la entrada en vigor del TLCAN, que pondría a la región centroamericana en una situación desventajosa frente a México. Como efecto de este tratado comercial, este último país multiplicó por cinco sus exportaciones a Estados Unidos entre 1993 y 1998 (Buitelaar 2001, citado por Orr 2001).⁵ En este contexto, Costa Rica resultó ser el país más afectado de la región centroamericana, a tal punto que a finales de esta década es posible vislumbrar el inicio de un tercer periodo de crecimiento, esta vez negativo, para su industria exportadora del vestido. Este temprano declive experimentó una breve recuperación entre 2001 y 2002, pero continuaría a lo largo de la primera década del nuevo siglo como resultado primero de la retracción del mercado estadounidense por el factor "11 de septiembre" y luego por la entrada de China a este mercado. En el caso de Costa Rica, también hay que tomar en cuenta otras particularidades que explican el viraje que sufriría su economía exportadora.

En 1995, llegó a ser el principal país exportador con el 41% de la producción total centroamericana. Tres años después, su participación exportadora se había desplomado a casi a la mitad. Sin embargo, el cambio más impactante se produciría entre 1998 y 2005, con la instalación en este país de dos plantas de Intel, principal fabricante de microprocesadores en el mundo, justo en el momento en el que sus exportaciones iban a la baja. En medio de esta coyuntura, esta empresa muy pronto duplicaría el monto de las exportaciones textiles de este país.

En resumen, al comenzar el nuevo siglo es evidente la pérdida de importancia del sector maquilador del vestido costarricense por los factores externos señalados arriba, a los que se suman otros internos como los altos costos de la mano de obra y la falta de una política de modernización de la planta industrial más antigua de la región (Buitelaar 2000). Esta crisis que se manifestó en el cierre de un número significativo de plantas nacionales, y la salida del país de otras tantas de capital extranjero,⁶ daría paso a una nueva etapa de crecimiento hacia fuera de mayor diversificación en comparación con las etapas anteriores sostenidas sólo en la rama textil. Esta nueva etapa estaría encabezada por la industria de productos eléctricos y electrónicos como lo indican los datos abajo apuntados que resaltan el impacto de Intel en Costa Rica:⁷

	1985	2003
Productos perecederos	60%	24%
Eléctricos y electrónicos	3%	28%
Textiles (confección)	10%	13%

MERCADO DE TRABAJO MAQUILADOR Y PARTICIPACIÓN ECONÓMICA FEMENINA

A partir de la dinámica productiva descrita líneas arriba, es conveniente aclarar a grandes rasgos los cambios en el mercado de trabajo y en particular el impacto de la industria maquiladora en la participación económica femenina en Costa Rica.

Como ya lo hemos dicho, el período de crecimiento mayor de la maquila de confección en este país tuvo lugar entre 1985 y 1995. Este fenómeno, tuvo como antecedente la crisis económica de 1980-1982, y las estrategias de salida a esta crisis que estuvieron basadas en las políticas de reestructuración productiva y de apertura comercial desarrolladas a lo largo de los siguientes cinco años.

El aspecto que nos interesa resaltar de este proceso es la coincidencia entre el cambio de modelo económico y la incorporación económica de las mujeres. El afloramiento de este nuevo actor laboral ocurriría en un contexto en el que la tasa de ocupación aumentó sostenidamente entre 1980 y 1994, con excepción del año de 1982 en el que por efecto de la crisis se produjo un descenso de la población ocupada. Con todo, la ocupación femenina no detuvo su crecimiento el cual seguiría profundizándose en los siguientes años hasta llegar a constituir más del 30% de la población ocupada a finales de la década de los 80 (Bodson, Cordero & Pérez Sáinz 1995: 22).⁸

Otro aspecto que sobresa en este período es la conformación de una nueva heterogeneidad ocupacional que corre de la mano de la reestructuración productiva. El rasgo central de este proceso es la constitución de un sector de bienes y servicios orientados al mercado externo, que ocupa principalmente mano de obra femenina en condiciones precarias. En este sector la industria de confección de ropa ocupa un lugar principal.

A mediados de la década de los 80, cobijadas por diversos esquemas de incentivos a las exportaciones,⁹ se observa un crecimiento espectacular de las empresas maquiladoras que en sólo diez años, entre 1982 y 1992, pasarían de 32 a 251. Este crecimiento se concentró principalmente en el valle central del país y particularmente en el área metropolitana de San José (AMSJ)¹⁰ (Nowalski, Morales & Berliavsky 1994: 24; Pérez Sáinz 1996b: 165).¹¹ De este total, en 1985 el 70% pertenecían al sector de prendas de vestir.

Desde el punto de vista del empleo industrial, el maquilador constituía ya una cuarta parte y aproximadamente siete de cada diez eran empleados de la confección. En el pico de la expansión maquiladora, hacia 1991, la industria de prendas de vestir ocupaba el 34% del empleo femenino del sector privado formal (Nowalski, Morales & Berliavsky, 1994: 20, 27 y 32).¹²

Lo que nos muestran estos datos es que el *boom* de la maquila de confección se produjo a mediados de la década de los 80, medido por el establecimiento del mayor número de plantas y el crecimiento del empleo. La primera mitad de la siguiente década será de consolidación con un crecimiento moderado en ambos renglones, hasta finales de los 1990 en donde la crisis del sector se haría evidente.

LAS MUJERES DE LA MAQUILA

Como señalamos al inicio, el objetivo de este artículo es analizar el proceso de globalización costarricense desde la experiencia de las mujeres que constituyeron el conglomerado femenino que emergió durante las dos últimas décadas del siglo pasado. Siguiendo esta línea de investigación, nuestras principales preguntas versan sobre el carácter de las trayectorias laborales de estas mujeres, sin experiencia previa en el trabajo industrial pero con itinerarios laborales que se extienden a etapas muy tempranas de su existencia. Nos interesa hablar sobre las condiciones concretas que orientaron su inserción en el empleo, pero más que nada sobre sus propias explicaciones sobre este proceso.

Con este propósito, seguimos la trayectoria de 11 mujeres que por distintos caminos llegaron a las empresas de confección de ropa en el AMSJ entre los años 1970 y 1990. La conformación de esta muestra cualitativa fue el resultado de las distintas circunstancias que rodearon la investigación. Mi propósito inicial proponía un acercamiento más estructurado según algunos criterios como el tamaño, tipo de régimen fiscal y localización geográfica de las empresas en las que trabajaban las mujeres de la confección. Principalmente me interesaban las trabajadoras de empresas maquiladoras establecidas fuera de las zonas francas, que son la mayoría del área metropolitana, por ser las que formaron el núcleo central del proceso maquilador costarricense del vestido en los años 1980. Sin embargo, por el carácter de la investigación misma en la que era prioritario establecer una relación de confianza con las trabajadoras, no creí conveniente acudir a las gerencias de las empresas como intermediarias. Al mismo tiempo me topé con dificultades para localizar otros medios confiables de acceso al terreno, debido a la inexistencia de sindicatos en la empresa privada. A

esto habría que añadirle el clima de inseguridad que vivían las y los trabajadores de este sector en el momento en que hice la investigación, provocado por el cierre creciente de plantas y los numerosos despidos o la amenaza de los mismos producidos por la crisis de la industria exportadora de confección. Esta dificultad hizo que abortara la primera estrategia de entrada en el campo de investigación, y que tuviera que ensayar otros acercamientos que a la postre me permitieron conocer de una manera más profunda parte de la historia de este conglomerado de trabajadoras de la maquila. Por medio del único sindicato de trabajadores públicos, y a través de una de sus dirigentes especialmente interesada en lograr cierta penetración entre los trabajadores de las maquilas, tuve la suerte de conocer a la dirigente de uno de los gérmenes de sindicato de empresa del ramo de la confección a la que identificaré como Elisa (2).¹³ A través de ella, me relacioné con otras trabajadoras, siempre con el apoyo de la organización sindical pública. Por esta vía también establecí relación con el dirigente de una organización de trabajadores independientes de gran influencia durante los años del *boom* maquilador, y que todavía mantenía cierta presencia entre las coordinadoras sindicales centroamericanas y seguía formando comités de apoyo de trabajadores industriales. Por este mismo camino, la bola de nieve me llevó a Dila (1), una ex trabajadora de la maquila, amiga y colaboradora de Elisa en las bregas organizativas. A partir de su generosa ayuda pude reunirme de manera individual o en pequeños grupos con trabajadoras de cuatro plantas del cantón central de San José: Ana (5), Vilma, Marlen (11), Olga (10), Shirley (07), Miriam (15) Martha y Bernarda.¹⁴ Se trataba de las plantas correspondientes a las siguientes empresas: CVFSA, contratista que cosía para una conocida marca estadounidenses de *jeans* asentada en el distrito de la Uruca; CUSA, empresa que hacía contratos con una famosa marca de ropa interior para hombre y mujer situada en Aserrí; CHCL, empresa maquiladora de capital nacional del distrito de San Sebastián, a la que muchas de las trabajadoras del sector identifican por el nombre de una de las marcas con las que comercializa ropa para niños; y finalmente AMD, importante empresa de capital estadounidense especializada en confección de cuero localizada en la zona franca metropolitana de Barrial de Heredia.¹⁵

Algunas de estas trabajadoras se habían conocido en los cursos organizados por una asociación de servicios de promoción laboral. La relación con esta asociación y sus promotoras me permitió también conocer esta parte fundamental de su experiencia.

Otra vía de entrada en el mundo de las mujeres de la maquila la pude lograr por intermedio del dirigente de un sindicato de trabajadores de la empresa privada, que en realidad fungía como una oficina de asesoría legal de trabajadores. Su actividad más importante se remite a la segunda mitad de los años 1980, interviniendo en los conflictos generados por el maltrato denunciado por trabajadoras de las empresas coreanas y taiwanesas que por aquellos años llegaron a Costa Rica. También ha participado en la lucha legal por modificar las prácticas contrarias a la sindicalización y el reconocimiento a los derechos colectivos, como la huelga y la reinstalación en el empleo. Además defiende casos individuales. Uno de estos casos era el de Virgen (9), quién junto con otro compañero estaba buscando ser indemnizada por la empresa FREA, donde prestaba sus servicios. Esta empresa tuvo su mejor momento cuando cosía pantalones para una de las marcas de *jeans* más conocida internacionalmente. Cuando esta marca dejó de hacer contratos en Costa Rica, FREA diversificó su producción dirigida al mercado internacional cosiendo con cierto éxito uniformes para empleados de hoteles. Virgen trabajaba en la planta que esta empresa tenía en Tibás.

Finalmente, un tercer canal de entrada fue la fundación PA que realizaba trabajo comunitario en un asentamiento popular al suroeste de la capital, en el cantón de Desamparados, en el que tradicionalmente viven trabajadoras de la maquila de confección. A través de esta fundación conocí a dos ex trabajadoras de la confección, Eugeni (13) y Cristina (6), quienes en ese entonces formaban parte de un colectivo de mujeres organizado para emprender sus propios micronegocios.¹⁶ Una de ellas, Cristina, a su vez, me presentó con su hija Roci y su hermana Carmel (12), también ex trabajadoras de la confección.

Esta investigación realizada entre 2001 y 2002, se propuso comprender el proceso de construcción de este conglomerado femenino de la industria de la confección, *producido* en un contexto globalizado, pero a partir de esta posición buscamos entenderlas también como *individuos productores* de la sociedad que les tocó vivir.¹⁷ Para lograr esto último, adoptamos una perspectiva biográfica que hace hincapié en la idea de que los individuos viven experiencias “variadas, diferentes, y a veces contradictorias... en contextos sociales múltiples y heterogéneos” (Lahire 2004). En el caso de las mujeres estas experiencias dan cuenta particularmente del entrelazamiento siempre conflictivo entre las esferas privada y pública (Leslie McCall, citada por Lahire 2004). Apoyándonos en estas ideas, seguimos una estrategia de investigación sostenida en dos instrumentos complementarios de investigación: el cuestionario y la entrevista biográfica. Con el primero sistematizamos los datos sociodemográficos y socioeconómicos básicos de las entrevistadas y de sus familias de origen y propia; su historia laboral desde el primero hasta el último trabajo, así como sus periodos de inactividad y sus razones para cambiar de trabajo. También reconstruimos su historia migratoria.

A partir de este primer ordenamiento de los datos, del cual resulta su trayectoria “objetiva”, con la entrevista biográfica profundizamos en los aspectos subjetivos relacionados con sus experiencias laborales y sus diversos mundos sociales en los que participaron como hijas de familia, esposas, madres, hermanas, amas de casa, trabajadoras domésticas, obreras, empleadas de comercio, promotoras sindicales, emprendedoras, cuentapropistas, etc. Este instrumento nos reveló el compendio organizado de sus experiencias que fueron incorporadas en el curso de su socialización y reinterpretadas a la luz del presente, incluido el momento mismo de la entrevista. Así reconstruida, la trayectoria laboral de estas mujeres aparecía no sólo como una enumeración objetiva de eventos, sino principalmente como el repertorio plural de enunciados y prácticas a través de las cuales se manifestaban sus historias de vida con todas sus contradicciones e incongruencias.¹⁸

Siguiendo esta línea de análisis, a continuación vamos a estudiar la situación familiar y migratoria de las mujeres de la maquila previa a su incorporación al mercado de trabajo y más puntualmente al trabajo industrial. Luego consideramos sus trayectorias diferenciadas por grupos de edad. Diferencia que nos permite observar su permanencia en el sector maquilador de la costura, sus entradas y salidas, y finalmente el significado que le otorgan estas mujeres a esta experiencia en el conjunto de unas trayectorias marcadas por la heterogeneidad de sus ocupaciones y la precariedad de sus condiciones de vida y trabajo. A la luz de estas trayectorias, revisamos la hipótesis sobre la fragilidad de sus lazos de pertenencia e identificación con el trabajo concebido como un medio de subsistencia. En nuestra opinión, estos lazos deben ser comprendidos en el momento histórico en el que fueron construidos, en el cual *ser mujer trabajadora de la maquila* llegó a tener un contenido simbólico particular desde el cual estas mujeres definieron sus vidas más allá de la temporalidad de su permanencia en las empresas del sector de confección y de las necesidades apremiantes que buscaban cubrir con su trabajo.

ORÍGENES FAMILIARES

¿Quiénes son las mujeres de la maquila de San José? Los estudios realizados en los años 1990 describían a las mujeres empleadas en la maquila de confección de ropa de esos años, y de la década anterior, como mujeres jóvenes, solteras, con poco nivel de instrucción, en su mayoría hijas de familia (Pérez Sáenz 1996b). De acuerdo con Nowalski, Morales & Berliavsky (1994: 27) la mitad tenía menos de 25 años y la edad promedio era de 28 años, con un promedio de educación de nueve años. A partir de los datos de nuestra pequeña muestra intencional, que como es evidente no tiene

un carácter representativo pero sí indicativo, podríamos plantear como hipótesis que al principio de este siglo la población trabajadora en la industria exportadora del vestido se había envejecido en comparación con lo que sucedía décadas atrás, debido al crecimiento negativo de las plantas instaladas y de la población ocupada en ellas agudizado por las nuevas condiciones de la competencia internacional. Según nuestros datos (2002), la edad promedio de este grupo era de 39 años. Sin embargo, si consideramos la edad que tenían en su primer trabajo, separándolas entre las que entraron al mercado de trabajo en la década de los años 1970 y las que lo hicieron en las siguientes dos décadas, encontraremos que el primer grupo tenía en promedio 17 y el segundo 16 años. Estas cifras señalan que a lo largo de las tres últimas décadas del siglo pasado estas mujeres entraban a trabajar siendo muy jóvenes. Sin olvidar que sólo cuatro lo hicieron directamente en las empresas de confección, siete trabajaron entre uno y dos años en otras actividades antes de entrar por primera vez en la maquila, y hubo dos casos que tardaron más de 10 años en arribar a este sector de actividad (véase cuadro 1).

Edad	Sujeto
26	01
34	02, 05, 07
38	13, 15
40	09
42	10, 11
47	06
49	12
Estado civil (núm. hijos)	Sujeto
Soltera	02(0), 05(2), 07(2)
	11(1), 09(1), 15(0), 06(3)
Unida	01(2), 10(1), 13(2), 12(2)
Escolaridad	Sujeto
•Primaria	
Completa	01, 05, 09, 15, 06
•Secundaria	
Completa	11, 13
Incompleta	02, 07, 10, 12

Cuadro 1 - Características sociodemográficas.

<i>Padre</i>		<i>Madre</i>	
Escolaridad		Escolaridad	
Sin educación	(09)	Sin educación	
Básica		Básica	
Completa	06, 12, 15	Completa	05, 06, 12, 15
Incompleta	02, 10, 11, 13	Incompleta	02, 07, 09, 10, 11, 13
Ns/Nc	01, 05, 07	Ns/Nc	01
Total	11	Total	11
Trabajo*		Trabajo*	
		Trabajo doméstico**	02, 05, 06, 07, 09, 11, 12, 13, 15
Trabajo asalariado		Trabajo asalariado	
Agricultura	02, 11, 15, 12		
Industria (construcción)	10	Industria (taller costura)	10
Servicios	09, 13	Servicios (empleada)	01
Ns/Nc	01, 05, 07	Ns/Nc	0
Total	11	Total	11

Cuadro 2 - Socialización durante la infancia.

*Se tomaron en cuenta los trabajos de los padres durante su niñez y adolescencia

**Algunas madres paralelamente al trabajo doméstico ayudaban en tareas del campo

En cuanto a su escolaridad, nuestros datos coinciden con Nowalski, Morales & Berliavsky (1994: 27), quienes señalan que la mayoría llegaba a la secundaria. Al respecto habría que hacer la siguiente consideración. Si bien tener entre siete y nueve años de estudios, como puede verse en el cuadro 1, seguramente es un promedio bajo de escolaridad en comparación con el promedio nacional de los años 1990 en Costa Rica, si consideramos la escolaridad de sus padres (véase cuadro 2) y las condiciones de pobreza rural y urbana en las que crecieron estas mujeres, bien podríamos hablar no sólo de una movilidad social ascendente sino de un esfuerzo muy grande sostenido casi por ellas mismas. En este sentido subjetivo la escolaridad alcanzada no debería considerarse baja.

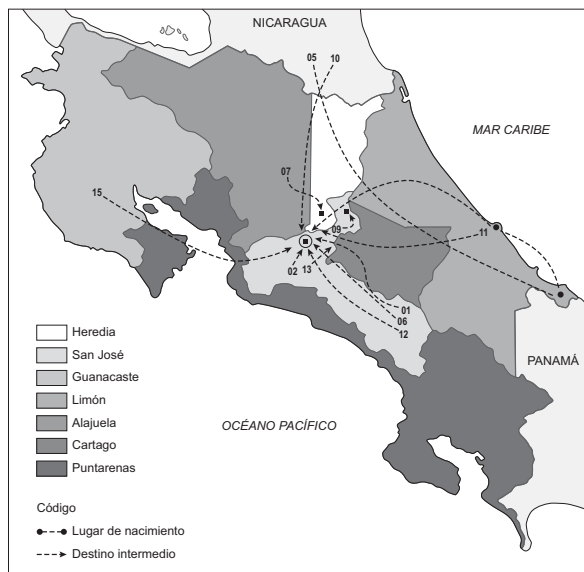
Otro aspecto que destaca en el perfil general de estas trabajadoras es su condición de soltería, que según Pérez Sáenz (1996b) es sinónimo de ser hijas de familia. Sin embargo, lo que yo encontré fueron mujeres que en su mayoría eran solteras pero que habían estado unidas en alguna etapa anterior de sus vidas y que tenían entre uno y tres hijos. Este perfil, como ya lo he apuntado en otro trabajo (Guadarrama 2006), se refleja en la morfología de los hogares urbanos costarricenses de mediados de los 1990 en los que las familias nucleares mostraban un crecimiento moderado frente a la presencia cada vez más significativa de las jefaturas femeninas y la persistencia de arreglos familiares enmarcados en distintos tipos de familia extensa.

Para comprender mejor la transición de estas mujeres hacia la edad adulta y su condición de madres trabajadoras, investigamos un poco sobre sus orígenes familiares. Lo que encontramos es que todas ellas, salvo dos casos, nacieron y crecieron en seis poblados rurales del valle central del país, específicamente en la alargada provincia de San José y en su vecina Alajuela hacia el norte; una proviene de Limón, el principal puerto de la costa atlántica; otra de la nororiental y seca provincia de Guanacaste, específicamente de Nicoya, y dos más de Nicaragua, allende la frontera norte del país (véanse mapa 1 y cuadro 3). Las urbanas crecieron en dos suburbios de la capital.

TRAYECTORIA MIGRATORIA

De entre las rurales, tres llegaron a la capital en su infancia y adolescencia, y el resto en su edad adulta, todas por razones familiares y laborales. Las primeras, acompañadas de ambos padres, y en ocasiones sólo con la madre, hermanos y abuelos. Las segundas, algunas casi adolescentes, venían solas; con sus padres, con una hermana u otros familiares; ya unidas, con esposo e hijos; con conocidos y una de ellas con su empleadora. El caso es que todas venían buscando trabajo (véase cuadro 3).

La infancia de las trabajadoras de origen rural tiene en común la marca de la pobreza y la obligación de apoyar a sus padres en el trabajo del campo y de la casa. Así describen algunas de ellas estas obligaciones:



Mapa 1 y cuadro 3 - Trayectoria migratoria.

Es el único caso que no migra directamente a San José. En 1972 llega de Managua, con sus padres, a Sixaola, Costa Rica, pequeña localidad en la frontera con Panamá. Atraídos por otros familiares que ya vivían allí para buscar trabajo. En 1987, ya casada, se van a vivir a Limón en busca escuela para sus hijas. Allí permanecen hasta 1996, año en que se trasladan a San José para buscar trabajo.

Lugar de nacimiento (Distrito, Cantón, Provincia / año)	<ul style="list-style-type: none"> ■ Se movió a: destino final /año ■ Con quien ■ Razones
01 San Isidro de El General, Pérez Zeledón, San José/1976	<ul style="list-style-type: none"> ■ San José/1978 ■ Padres ■ Su madre buscaba trabajo
02 El Plomo de Acosta, Acosta, San José /1968	<ul style="list-style-type: none"> ■ San José/1984 ■ Conocidos ■ Buscando trabajo
05 Managua, Nicaragua/1968*	<ul style="list-style-type: none"> ■ San José/1996 ■ Esposo e hijos ■ Buscando trabajo
07 Ciudad Quezada, San Carlos/Alajuela.1968	<ul style="list-style-type: none"> ■ Heredia, San José/1976 ■ Madre ■ Por enfermedad de la madre
15 Nicoya, Guanacaste/1964	<ul style="list-style-type: none"> ■ San José/1982 ■ Con sus padres ■ Buscando trabajo
13 Aserrí, San José, /1964	<ul style="list-style-type: none"> ● Los Guido, San José/1987 ● Con sus hijos ● Cambio de casa
09 Desamparados, San José,1962	<ul style="list-style-type: none"> ● Guadalupe, Goicochea, San José ● Con sus padres ● Cambio de casa
10 Managua, Nicaragua/1960	<ul style="list-style-type: none"> ■ San José/1980 ■ Con su empleadora ■ Buscando trabajo
11 Limón, Limón 1960	<ul style="list-style-type: none"> ■ San José/1972 ■ Con su mamá ■ Su madre buscaba trabajo
06 San Isidro de El General, Pérez Zeledón, San José/1955	<ul style="list-style-type: none"> ■ San José/1972 ■ Hermana ■ Buscando trabajo
12 San Isidro de El General, Pérez Zeledón, San José/1953	<ul style="list-style-type: none"> ■ San José/1974 ■ Con sus padres ■ Buscando trabajo

En lo que yo ayudaba era en la casa, digamos a mi me gustaba mucho ir al río... todo lo que yo ayudaba era ir a traer el agua al río, eso era lo que yo hacía, traer agua del río. También cocinaba. Cuando ellos, mi mamá y mi papá, regresaban yo ya había hecho el almuerzo y lo que fuera, lo que había que hacer (Marlen).

En el tiempo que yo crecí, cuando estaba pequeña, mi papá criaba cerdos, ganado, caballos y se dedicaban a la agricultura... En ese tiempo, la gente de allí (El Plomo de Acosta) casi que vivía sólo de la agricultura y el ganado: arroz, frijoles, yuca. Pero eso no se vende porque cuesta mucho sacarlos porque no se puede meter el carro para sacar ese producto. Tiene que ser a caballo... Mi abuelo además nos regaló una vaca. Esa vaca, ibendita de Dios!, cada año tenía crías, entonces de ahí nos daba leche como seis meses y luego el ternero se vendía al año. De allí por lo menos mi papá nos compraba los zapatos... Yo tenía que ir a la escuela, y luego ir a dejar el almuerzo y el café, porque en el tiempo de antes se levantaban muy temprano, desayunaban como a las cinco de la mañana, almorzaban como a las nueve y a las doce el café. Ya luego se aguantaban hasta la tarde. Yo tenía que ir a dejar primero el almuerzo y luego el café a las doce, y me quedaba trabajando allí, sino tenía que traer leña o caña o algo de maíz o lo que hubiera, yo algo tenía que traer porque como era tan largo... esa finca era demasiado grande y había que caminar hasta una hora para ir. Mi mamá a veces le ayudaba a mi papá también. Pero no tenía tanto tiempo, porque imagínese con tantos que éramos (ocho hermanos y Elisa era la mayor) había veces que los encerraba (a sus hermanos) y se iba a dejar el almuerzo o a traer agua (Elisa).

En el campo se empieza a trabajar desde que uno tiene como cinco añitos. A nosotros nos tocaba levantarnos temprano, jalar el agua como unos 500 metros con una peña, llevársela a mamá para que ella pudiera hacer las labores de la cocina mientras que nos íbamos a la escuela. Cuando llegaba de la escuela, almorzaba y hacia la tarea. Después iba a ayudarle a papá. Nosotros hacíamos desde ordeñar vaquitas, cuidar gallinas, cuidar los animales, ir a cortar caña, café, sembrar frijoles, recogerlos, igual el maíz. Mi papá nos ponía tareas a cada una pero de acuerdo a la edad. No era que nos explotara sino que entre todos teníamos que trabajar. Éramos ocho, pero el mayor, que era varón, murió, entonces quedamos las mujeres, mi hermana, y yo que era la mayor. Entonces nos tocaba el trabajo más pesado porque los otros aunque eran varones eran pequeñitos, más bien había que cuidarlos (Cristina).

Para las urbanas, la vida no fue más fácil. Virgen cuenta que su papá trabajaba de guardia municipal y su mamá sólo en casa porque no le daba tiempo de trabajar por fuera con tantos hijos. Fueron ocho hermanos. Al respecto recuerda:

El dinero apenas alcanzaba. La pobreza era tanta que en ocasiones mi hermano que me seguía hacia arriba y yo teníamos que ir a buscar sobras en los basureros. También iba a los mercados a recoger verdura y fruta que sobraba al final del día (...) llenábamos unas bolsas grandes que traíamos cargando a casa para que mi mamá preparara la comida.

La escuela fue una actividad a contrapelo de las necesidades del hogar familiar. Estudiaron hasta que pudieron, porque más tarde o más temprano tuvieron que dejar la escuela para ayudar con el gasto familiar. O bien, como en el caso de Elisa, cuya familia tenía los recursos para apoyarla, no estudió más porque en su lugar de origen la escuela sólo llegaba a la primaria y sus padres no estaban de acuerdo en que su hija se fuera a vivir lejos para seguir estudiando.

Al respecto comenta:

Hace más de 15 años de eso y todavía no hay colegio, nada más que ahora hay más oportunidades para todos los que viven allí. Les dan becas para que salgan a estudiar. En ese tiempo no había nada. Es más, durante el primer año, la escuela en el verano era un palo de mango y en el invierno cortaban hojas de palma y se las ponían al mismo mango. Allí recibíamos clases. Así fue el primer año que fui a la escuela... Cuando salí de sexto año no tuve más que trabajar, seguir ayudándole a mi papá. Ellos (sus papás) eran de la idea de que venirse para San José era malo... se perdían los valores y todo eso... Y ya, ahí me tuve que quedar. Pero la idea mía era cómo venirme, desde siempre.

Shirley llegó a los ocho años a Heredia para alcanzar a su mamá, quien había salido unos meses antes de San Carlos, Alajuela, para buscar trabajo y atención médica. En su nuevo destino las necesidades familiares eran muchas, por lo que Shirley empezó a ayudarle a una señora a hacer tortillas entre las cinco y las ocho de la mañana. Por la tarde iba a la escuela.

Yo iba donde la señora para hacer bolitas, mientras ella iba haciendo las tortillas, luego yo las cortaba, las empacaba y las iba a entregar.

Después trabajó en casas y estudiaba de noche, hasta que tuvo que dejar la escuela a los 15 años.

No terminé de estudiar (la secundaria). No tenía quién me dijera *estudia*, yo me tenía que ganar lo que me comía, lo que me calzaba, con lo que me vestía, porque no tenía quién me dijera "toma te regalo esto". Por ese lado pues mi vida ha sido sumamente dura, porque nunca he tenido apoyo de nadie.

El papá de Virgen no quería que ella y sus hermanos fueran a la escuela porque no había dinero. Su mamá los mandaba a escondidas. Como pudo, estudió hasta el sexto año de primaria.

Eugeni sólo se acuerda de su niñez a partir de los nueve años, cuando su papá los abandonó y vivían en una casita muy vieja en el cantón de Aserrí. En ese entonces su mamá tuvo que ponerse a trabajar. A los más grandes les tocó lo más duro. Ella era la cuarta de seis hermanos y junto con los tres mayores debían contribuir en el sostenimiento del hogar familiar. Con muchos sacrificios terminó la secundaria y a la semana siguiente se casó.

No fue la única que creció en una familia encabezada por la madre. En el caso de Marlen, cuando ella tenía 12 años su padre se fue a buscar fortuna a los Estados Unidos. Nunca más lo volvieron a ver. Para su madre las cosas se complicaron en el poblado de Guásimo, en Limón, donde vivía la familia. En las nuevas condiciones *tenía que trabajar más duro para mantener a sus cinco hijos*. Por esa razón decidió moverse a San José y emplearse como dependiente en una tienda de ropa. Vivieron primero en una casa rentada, mientras construían una casa propia, *una casita humilde, pequeñita*.

Yo fui la única de todos (los hermanos) que saqué el bachiller... ella no podía mantener tantos y mandar a unos al colegio y otros a la escuela. Con el sueldo que ganaba en la tienda, que eran 150 pesos de aquel entonces, ella tenía que pagar la comida, la luz y todo eso... no sé como le hacía. Fueron tiempos difíciles.

La vida de estas mujeres desde su infancia es un claro ejemplo de la *mujer plural*,¹⁹ desplegada en contextos sociales múltiples cuyos límites son difíciles de separar: su vida familiar se sobrepone a la escuela y ambas están estrechamente relacionadas con el trabajo. El trabajo mismo, es una actividad que se entrelaza inextricablemente con las condiciones de vida y la organización de la vida familiar. Como podemos leer en sus testimonios, la escuela llega hasta donde sus necesidades existenciales se lo permiten. Por eso mismo, resulta un tanto artificial hablar de primer empleo, porque en el sentido más amplio del término trabajo, el desarrollado por estas mujeres como actividad esencial para la vida, y en este caso para la sobrevivencia, se inició desde la infancia. A la par que trabajan en el campo, cosa que es común en las familias rurales, y que tienen obligaciones domésticas y familiares indispensables para la sobrevivencia del grupo, empiezan a desempeñar eventualmente trabajos remunerados para contribuir al ingreso familiar. Su incorporación al mercado de trabajo, es decir a empleos remunerados, debe verse como una continuación inequívoca de su historia anterior relacionada en algunos casos con la migración. En el caso particular de las mujeres josefinas de la maquila costarricense su llegada a la ciudad siempre estuvo relacionada con la búsqueda de empleo de ellas o de sus padres. En otras palabras, su biografía formó parte del proceso más amplio de formación de la clase obrera urbano industrial femenina.

PRIMER EMPLEO

Cuando hablamos del primer empleo nos referimos específicamente al primer trabajo remunerado, que para todas las trabajadoras del grupo estudiado fue ya un empleo urbano. Siete de once pasaron primero por los servicios y el comercio antes de llegar a la maquila de confección. Como apuntamos arriba, salvo dos casos, la mayoría tardó entre uno y dos años en esta transición. Para analizar con más detalle este proceso, creímos conveniente separarlas en dos grupos que corresponden a las etapas de desarrollo de la industria del vestido costarricense: las que entraron al mercado de trabajo en los años 1970, período en el que las principales empresas del ramo se orientaron principalmente hacia el mercado nacional, y las que lo hicieron en las dos décadas siguientes como parte del *boom* maquilador exportador (véase cuadro 4). Las setenteras, ingresaron a los 17 años en promedio, en contraste con las de los 1980 y 1990 que ingresaron cada vez más jóvenes a los 16.5 y 15 años respectivamente, lo cual podría estar relacionado con la crisis del sector pero sobre todo de la economía costarricense en su conjunto hacia mediados de los 1990.

¿Cuál fue la puerta de entrada de estas mujeres al mercado laboral? Para las cinco de los 1970 esta entrada fueron los servicios, salvo un caso que entró directamente a trabajar en talleres de confección. En las dos décadas siguientes se mantiene la diversidad de entradas (véase cuadro 4), pero encontramos trayectorias cada vez más consolidadas en la confección que se manifiestan por su permanencia en el sector y/o estancias más prolongadas en las empresas del ramo.

TRAYECTORIA LABORAL POR EDAD, NÚMERO DE EMPLEOS Y OCUPACIÓN

En el primer grupo, el trabajo doméstico constituyó la única opción de trabajo que encontraron las dos trabajadoras mayores de nuestra muestra cuando llegaron a San José, las hermanas Carmel y Cristina. Aunque en el lapso de dos años ambas ya habían logrado ingresar a una de las empresas emblemáticas del vestido que en ese entonces producía para el mercado interno. Allí se quedarían entre 17 y 15 años respectivamente, un poco más de la mitad de su vida laboral.

Entre las otras tres mujeres de este grupo, su iniciación seguiría las siguientes rutas: Olga empezó en su natal Nicaragua cosiendo a domicilio antes de entrar a trabajar como bordadora en talleres y empresas de costura. Virgen empezó directamente como aprendiz en un pequeño taller de costura de Guadalupe El Alto, en el cantón de San José. El caso de Marlen se diferencia de las anteriores porque pasó prácticamente la primera mitad de su vida laboral en los servicios antes de ingresar a una empresa de confección, la única en la que trabajó y lo haría por largos 11 años como inspectora de calidad (véase cuadro 4).

Salvo el caso atípico de Marlen, en los otros es notoria la dificultad que enfrentaron estas mujeres para incorporarse al medio industrial. En este proceso, las academias y los pequeños talleres de confección jugaron un papel fundamental

en el aprendizaje del oficio. Cristina relata que trabajando como empleada doméstica su patrona la apoyó para que estudiara un curso básico de costura en una academia. Con estos conocimientos elementales pudo ingresar como *miscelánea* en una pequeña empresa de no más de 30 trabajadores, donde hacían ropa para bebé. Allí aprendió a cortar y hacer patrones. Al principio era un *localcito*, pero luego el dueño, que era un español, construyó un edificio grande con más máquinas donde permanecería por largos 15 años. Su hermana Carmel, antes de ingresar a esta misma empresa pasó tres meses en un pequeño taller donde adquirió los conocimientos básicos para el manejo de máquinas de costura. Virgen recuerda que a finales de los años 1970 San José era “un hervidero de fábricas”, donde era fácil para una chica de 14 años como ella, con apenas estudios de primaria, encontrar trabajo. Sus primeros empleos fueron en dos pequeñas empresas donde estuvo cerca de dos años. En la primera “se cosía de todo”. Recuerda

Código/Edad	Edad 1 ^{er} empleo	Empleos por sector de ocupación									Duración (años)
		1°	2°	3°	4°	5°	6°	7°	8°	9°	
01/26	14	② 1990-1992	④ 1993	② 1995	② 1995-1998	④ 1999					7
02/34	16	⑤ 1984	④ 1984	4 1985	① 1986	① 1986-1987	② 1988-1997	② 1997-1998	② 1998-2002		18
05/34	16	④ 1996	② 1997	② 1998-2002							6
07/34	16	① 1984	② 1984-1986	② 1986-1989	② 1990-1996	② 1996-2002					17
13/37	16	② 1980-1981	② 1986-1996	③ 1998-2002							15
15/38	18	⑤ 1982-1983	④ 1983-1995	② 1995-1998	② 1998-2002						19
09/39	15	② 1977	② 1980	② 1980-1986	② 1986	② 1988-1994	② 1994-1998	② 1998-2002			24
10/41	14	④ 1974-1975	① 1975-1980	① 1980-1985	① 1986-1994	② 1994-2000					27
11/42	19	④ 1979-1984	④ 1984-1987	4 1987-1990	② 1991-2002	④ 2002					22
06/47	17	⑤ 1972-1974	② 1974-1989	② 1989-1991	② 1991-1993	③ 1994-2002					28
12/49	21	⑤ 1974-1975	② 1975-1992	② 1992	④ 1993-2001	⑤ 2001-2002					28

Cuadro 4 - Trayectoria laboral por edad, número de empleos y ocupación.

- ① Talleres de confección de ropa (empleada)
- ② Fábrica de confección de ropa y de cuero
- ③ Taller propio de confección de ropa
- ④ Comercio y servicios
- ⑤ Trabajo doméstico.

|| Las interrupciones están marcadas con doble raya.

Este cuadro resume la trayectoria laboral de una muestra de once trabajadoras. Están ordenadas por edad y separadas en dos grupos: las que ingresaron al mercado de trabajo en la década de los años 1970 y las que lo hicieron en los 1980 y 1990. En la primera columna se identifican con un código: Dila (1), Elisa (2), Ana (5), Shirley (7), Eugeni (13), Miriam (15), Virgen (9), Olga (10), Marlen (11), Cristina (6) y Carmel (12).

que allí aprendió “el modo” de las máquinas y distintas operaciones. A la segunda se cambió porque podía ganar mejor haciendo horas extras. Con esta iniciación se sintió lista para entrar a una de las *plantotas* de pantalones más famosas de aquellos años.

El segundo grupo, las que ingresaron al mercado de trabajo en los años 1980 y 1990, como señalamos arriba, mantuvo la diversidad de entradas pero con una tendencia a permanecer más tiempo en los empleos maquiladores.

Algunas, igual que en el grupo anterior, llegaron a San José trabajando en casas, en pequeños comercios, como restaurantes y zapaterías, y pasaron también por talleres de costura hasta finalmente entrar a las maquilas. Para algunas este especie de curso propedéutico duraría entre uno y dos años, pero otras como Miriam se quedarían por períodos largos en los servicios, más de lo que finalmente permanecerían en la maquila. En realidad este periplo entre el trabajo doméstico, el comercio, los servicios, las academias de costura y los pequeños talleres, constituiría en su conjunto la puerta de entrada a las plantas maquiladoras de confección.

MOVILIDAD, EXPERIENCIA Y SIGNIFICADOS DEL TRABAJO FEMENINO

Como señalamos al inicio de este artículo, nuestro centro de interés son las trayectorias laborales de las mujeres en los años del *boom* de la maquila costarricense. Sin embargo, debemos aclarar que cuando hablamos de trayectorias buscamos ir más allá de su dimensión objetiva que las reduce a una colección de eventos (empleos) ordenados en el tiempo a través de los cuales se explica la movilidad laboral de las personas. Lejos de la caracterización escueta de dichos eventos, nos interesa encontrar el sentido otorgado por las mujeres de la maquila a su situación laboral y las explicaciones que ellas mismas hacen de esta situación a partir de un complejo proceso de mediaciones entre su experiencia individual y el contexto social en el que viven. Para estos fines, la entrevista biográfica constituye un instrumento fundamental que permite a través de dispositivos hermenéuticos recobrar los eventos de toda una vida y reordenarlos a través de su narración e interpretación. Es por esta vía que averiguamos cómo estas mujeres trabajadoras “reconocen, argumentan y explican” su vida laboral dentro del conjunto de las circunstancias que constituyen su vida familiar (migraciones, adaptación en los lugares de llegada, unión y maternidad, separaciones, estrategias para buscar empleo, primeros empleos, rutas laborales en la maquila, aprendizaje, despidos, autoempleo, imaginarios de futuro, etc.). Al fin de cuentas el compendio de su vida, construida a través de sus múltiples experiencias, del registro reflexivo de las mismas, de la reexplicitación permanente de su horizonte de vida y de la trama de significaciones que le dan sentido es lo que constituye su identidad laboral.

A partir de este procedimiento, encontramos que las historias de vida de las mujeres de la maquila del AMSJ compartían tres aspectos principales:

La experiencia de sobrevivir en situaciones de pobreza, ya sea rural o urbana, y de las obligaciones que como hijas de familia les correspondió llevar auestas. De esta experiencia se desprendió una concepción del trabajo como sobrevivencia y de las redes familiares como capital cultural indispensable para organizar su existencia

El estudio y la escuela como una actividad subordinada al trabajo. El trabajo constituye el aprendizaje principal a partir del cual construyen desde su niñez su idea de futuro en el que la escuela aparece como una metáfora lejana pero siempre presente de lo posible.

La migración, su adaptación a la ciudad y su incorporación a las formas de trabajo urbano industrial como procesos formativos centrales de su vida adulta desde los cuales se construyeron como sujetos sociales femeninos.

A la luz de estos aspectos cruciales en la vida de estas mujeres analizaremos a continuación el curso de sus trayectorias maquiladoras, sus experiencias de movilidad y finalmente el sentido que le atribuyeron a las mismas.

Si mantenemos la división entre las que se incorporaron al mercado de trabajo en los 1970 y las que lo hicieron en las siguientes dos décadas, observaremos un ligero cambio en sus trayectorias: las primeras tuvieron 5.4 empleos con 4 años y 7 meses de duración en promedio, en comparación con las segundas que permanecieron sólo tres años en el mismo número de empleos. Sin embargo, si analizamos con más detalle el carácter de estos empleos y su ubicación en el tiempo a lo largo de sus trayectorias, dejando de lado el caso de las dos trabajadoras más antiguas por su inserción al mercado de trabajo con permanencias muy prolongadas en empresas tradicionales de la costura, encontraremos que en el resto de las trabajadoras los periodos de permanencia mayores tuvieron lugar en las empresas maquiladoras de confección, en las que trabajaron entre mediados de los 1980 y la primera mitad de los 1990 (véase cuadro 4). Desde principios de los años 1980, dos de estas empresas se convertirían en el mayor polo de atracción de las traba-

adoras de la época: “F” con dos plantas de gran tamaño especializadas en la producción de pantalones, situadas en el AMSJ, en Lourdes de Montes de Oca y Guadalupe respectivamente, y CHCL, la principal productora de ropa para niños del distrito de San Sebastián. En estas plantas las trabajadoras llegaban a permanecer entre tres y doce años. En los años 1990, los establecimientos de mayor atracción fueron empresas medianas, como CUSA y FREA, que igual que las anteriores contrataban su producción para el mercado estadounidense bajo el régimen de perfeccionamiento activo. Hay que mencionar también que en esta década, algunas de las trabajadoras del AMSJ se empezaron a mover hacia la zona franca de la vecina Heredia. En las empresas de este lugar también se mantuvieron por periodos prolongados que fluctúan entre los tres y once años. En resumen, lo que observamos entre mediados de los 1980 y 1990 es la emergencia de un conglomerado obrero femenino atraído por las empresas maquiladoras de la confección que aparentemente ofrecían mejores oportunidades que el comercio y los servicios.

Esta corriente laboral queda de manifiesto si analizamos la movilidad ocupacional de estas mujeres, en la que destacan dos tipos de trayectorias que denominaremos *continuas* e *intermitentes*. Esta diferenciación la hacemos para destacar cierta tendencia a la permanencia en el sector de confección en un contexto caracterizado por la heterogeneidad de las carreras laborales femeninas.

Cuando hablamos de trayectorias continuas, nos referimos a su permanencia sin interrupción en la industria de confección, *a partir del primer empleo en este sector*. Es decir, no hablamos de una continuidad maquiladora *pura* desde el primer empleo de estas mujeres porque, como hemos visto, la maquila se desarrolló en Costa Rica vinculada de distintas maneras a las empresas tradicionales de confección. Así lo demuestran las trayectorias estudiadas. Por esta misma razón incluimos también en este grupo a aquellas mujeres que al final de su carrera laboral crearon sus propios talleres, vinculados o no a la cadena internacional de ropa.

Las trayectorias intermitentes, por su parte, corresponden a quienes combinaron permanentemente a lo largo de su carrera laboral el trabajo en la industria de confección maquilador y no maquilador, con empleos en otros sectores de actividad. Algunas con una permanencia más prolongada en estos últimos.

Más allá de la secuencia de los eventos de las mujeres josefinas en el mercado de trabajo que revelan sus trayectorias “objetivas”, nos interesa profundizar en el significado que las propias trabajadoras le dan a su historia laboral y que podríamos llamar trayectorias “subjetivas”.

Al respecto, encontramos una mezcla de tres explicaciones o formas experiencias de movilidad en el mercado de trabajo que no son excluyentes, aunque las dos últimas tienden a prevalecer entre las trabajadoras con trayectorias continuas en la confección:²⁰ a) la movilidad reproductiva, que se explica por necesidades de índole familiar; b) la movilidad de mercado, que proviene del conocimiento práctico, de la experimentación adquirida por las trabajadoras en el mercado de trabajo y que se manifiesta en un discurso “estratégico” sobre sus habilidades para moverse entre un empleo y otro dentro de la maquila, o para crear un negocio propio dentro del sector de confección buscando la mejoría de sus condiciones de trabajo; y c) la movilidad explicada como logro personal, que resulta de su percepción de ser autónomas en las decisiones que tienen que ver con su trabajo y su familia, pero también de sentirse dueñas de su destino individual como mujeres. El ejemplo más acabado de esta forma de movilidad lo encontramos en las mujeres que lograron establecer su propio taller de costura.

Entre las trabajadoras con trayectorias intermitentes, su movilidad laboral se sostuvo principalmente en la búsqueda de satisfacción de sus necesidades familiares que las empujó a buscar trabajo indistintamente dentro o fuera del sector maquilador. Entre ellas no se manifiesta tan abiertamente la seguridad otorgada por un saber especializado en el mercado de la confección y el sentimiento de autonomía laboral y personal derivado de este trabajo es casi inexistente.

Podríamos plantear como hipótesis que en general esta percepción de autonomía la encontramos asociada a esta continuidad *sui géneris* en la industria de confección. El afianzamiento en este sector, como ya vimos, expresa una cierta pericia de las trabajadoras para moverse en el mercado maquilador, dentro y entre las empresas, y el conocimiento del oficio, de las relaciones y de las condiciones de trabajo a partir del cual aprovecharon mejor las escasas oportunidades para ascender en los puestos de trabajo; desarrollaron estrategias para acrecentar sus salarios de acuerdo con las exigencias de eficiencia de las empresas, y en algunos pocos casos dieron el salto tan deseado entre muchas de ellas para tener su propio taller de confección o asociarse con familiares para auto emplearse en otros sectores de actividad. Estos logros, así percibidos por ellas mismas, impulsados por esa combinación entre necesidad y sentido práctico de la vida, desembocarían eventualmente en el desarrollo de mujeres con mayor autonomía personal, que en el grupo estudiado están representadas principalmente por las mujeres jefas de hogar. Entre éstas sobresalen las mujeres solteras con hijos: cinco entre las que tienen trayectorias continuas y sólo una entre las de trayectorias itinerantes.

TRAYECTORIAS CONTINUAS

Entre las siete mujeres que tuvieron una trayectoria *continua* en la maquila de confección, tres trabajaron inicialmente en el servicio doméstico, otros servicios y el comercio (Elisa, Olga y Cristina); para tres de ellas, su entrada a la maquila también estuvo precedida por el trabajo en pequeños talleres de confección (Elisa, Shirley y Olga). Esta última, en realidad se desempeñó más de la mitad de su vida como bordadora en aquéllos talleres antes de ingresar a trabajar haciendo lo mismo en una empresa grande de ropa para niños. En ocasiones estos talleres eran una extensión de academias de costura que servían al mismo tiempo de agencias de colocación. Elisa es el más claro ejemplo de esta trayectoria continua que se inicia en los servicios y el comercio y pasa por los talleres para desembocar en las empresas de maquila. Sus primeros trabajos fueron como ayudante de cocina en un restaurante, trabajadora doméstica y dependiente de una zapatería. Después de un año de este breve periplo, ingresó a una academia de costura porque:

No sabía nada, no tenía opciones para nada, no había nada que yo supiera mucho para buscar trabajo y entonces busqué esa opción. Hice un curso como de tres semanas y luego ellos mismos (los dueños del taller) me colocaron en el taller de Guadalupe. Allí estuve como seis meses hasta que cerró. Nos quedaron debiendo todo.

Para Shirley su primer trabajo “de a de veras” fue en un taller de Heredia, donde sólo trabajaban seis mujeres. Según cuenta:

Una de ellas me enseñó a coser y a dominar la velocidad de la máquina porque yo no sabía nada. La que me enseñó era como la supervisora, la que se encargaba de tenerle trabajo a todas. Apenas fueron tres meses, nada más. Tenía 13 o 14 años. Fue cuando cogí valor y me metí a trabajar en una fábrica grande.

El prototipo de la gran empresa de costura de los 1980 y parte de los 1990 fue “F”, una empresa de capital mexicano que cosía pantalones. En el imaginario de aquellas nuevas operarias de la costura, “F” ha quedado en su memoria como la *gran empresa*, no sólo por sus dimensiones y el número de personas que allí trabajaban (cerca de 1 000). Para estas mujeres con escasa experiencia laboral, más familiarizadas con el trabajo en el campo, con una estancia corta en los servicios y el comercio, el trabajo en las plantas medianas y grandes de confección de ropa constituyó su primera experiencia industrial.

Su ingreso a las plantas en los años 1980 no era una empresa difícil desde la lógica del mercado por la sobreoferta de trabajo, pero sí un desafío personal porque formaban parte de un mundo laboral desconocido para estas mujeres. Siempre había vacantes de las que se enteraban de boca en boca, por amigas y conocidas. De sus impresiones de aquella experiencia inicial recogemos la de Elisa y Virgen, quienes recuerdan:

Yo me perdía en “F”. Nunca había visto tanta gente. No fue fácil al principio, pero allí me quedé nueve años (Elisa).

Unas conocidas me dijeron que allí se trabajaba bien. En esa fábrica (“F”) se cosían pantalones. Era una empresa muy grande, daban muchas prestaciones y pagaban bien las horas extras. Después de trabajar seis años me salí porque me embaracé. Estuve en otra empresa, y después regresé por otros seis años (Virgen).

Una vez pasada esta iniciación, y durante los años del *boom* maquilador, aprenderían a moverse entre una fábrica y otra, buscando mejores condiciones de trabajo, al tiempo que se hacían expertas en las operaciones de la confección y en resistir los avatares de la nueva disciplina industrial. Unas entraron como *misceláneas*, y así estuvieron en sus primeros meses, “reparando los errores de las otras y aprendiendo a hacer de todo”. Algunas, como Elisa, rápidamente ascendieron de operarias a inspectoras.

Cuando entré a “F” primero me empezaron a mandar de un lado para otro reparando todo lo malo que hacían los demás, hasta que me dejaron como instructora. De allí en adelante mi trabajo fue recibir a las nuevas, conversar con ellas y explicarles todo lo del trabajo. Primero les hacía una práctica manual con la máquina para saber si sabían coser y medir su velocidad. Así sabía en que operación las podía poner, en una operación más fácil o en una más complicada.

Ese puesto fue estratégico para Elisa porque desde allí pudo conocer a todas las nuevas trabajadoras que iban llegando a “F”. Luego pasó a otra planta de la misma empresa y experimentó en otras líneas de producción. También aprendió a tratar con sus superiores y a ser reconocida por sus iguales como un canal de comunicación indispensable para arreglar sus problemas. Esta experiencia comunicativa interna se vio enriquecida por los contactos que pronto lograron ella y sus compañeros con grupos de promoción sindical que los ayudaron a formar un sindicato del que ella llegaría a ser dirigente. Sin embargo no duró mucho esta experiencia porque al poco tiempo el grupo promotor fue

despedido, y Elisa seguiría su camino de una empresa a otra. Su trayectoria refleja fielmente la historia de las obreras de confección de aquellos años: al quedarse sin empleo pasó un año en una empresa de capital nacional especializada en ropa para niños, de donde salió porque le pagaban muy mal. Luego ingresó a una importante empresa de confección de cuero de capital estadounidense, que tenía una planta de gran tamaño en la zona franca de Barrial de Heredia, donde lograba un buen salario trabajando regularmente 48 horas semanales y en temporadas altas hasta 17 horas más. Paralelamente, estudiaba la secundaria abierta. Cuando yo la conocí, en 2002, sólo tenía pendiente presentar su examen de inglés y muchos planes en la cabeza. Quería estudiar japonés, poner un negocio agrícola con sus hermanos y tener un hijo con su novio. Dos años después, estaba trabajando en una de las plantas del principal consorcio electrónico instalado en el país, esperaba un hijo, y había decidido no vivir con su novio porque decía que “amaba mucho su independencia”.

Los cambios de operaciones, de estilos, de prendas, de líneas de producción en la misma fábrica o en otras, todos estos cambios formaron parte de su formación como trabajadoras de la maquila. Sin que ellas se dieran cuenta, el registro de cada una de estas experiencias y su acumulación se fueron transformando en las guías de sus acciones futuras.

Cuando Virgen describe su paso, estando embarazada, de “F” donde hacía pantalones, a “P” otra fábrica de camisas de dimensiones semejantes, recuerda que desde el principio no le gustaron sus nuevas tareas:

En “P” cerraba costados en máquina *overloc*, desde aquí hasta abajo. Era otro trabajo totalmente diferente que me costaba, me costaba. No se porque se me hizo difícil la camisa. Tal vez porque estaba embarazada. Es más delicada a la hora de coser, hay que tener más cuidado.

Después de año y medio de trabajar allí, con el nacimiento de su primer hijo de por medio, regresó a “F” donde permanecería otros seis años hasta que cerraron la planta. Recuerda que “F” era una empresa grande, *inmensa*, de más de 1 000 empleados:

Era la que estaba mejor en todo Costa Rica, hasta que cerró por *los altos costos del gobierno*. La planta donde yo trabajé era amplia, muy bonita. Había buena ventilación, lo tenían a uno muy cómodo, daban muchas garantías, había médico de empresa. De todo, todo lo que un empleado pueda tener dentro de una empresa allí existía. Era la mejor empresa.

Al quedarse sin empleo, Virgen pudo entrar en otra “pequeñita, si acaso éramos 40 empleados,” pero donde el trabajo requería de mucha destreza “allí cosía chamarras para el invierno, hechas de telas grasosas a las que se le escurría el agua. Era difícil pero me adapté. También allí fui una operaria buenísima.” Esto fue así hasta que con otros compañeros intentó formar un sindicato y la despidieron. Al quedar nuevamente desempleada un pariente la recomendó para entrar a trabajar en una empresa que estaba apenas a unos 300 metros de la anterior. Este fue el momento más difícil de su vida. Después de 10 años de participar en un proyecto popular de vivienda, habían logrado que el estado “les regalara” las casas levantadas con cuatro paredes. Tenía que arreglárselas sola para cuidar a su hijo y trabajar y terminar la construcción de su casa. Cuando yo la conocí estaba gestionando su liquidación.

Shirley, igual que Virgen, siguió una trayectoria continua en las más importantes empresas de confección de AMSJ y de Heredia. Después de una breve experiencia en un pequeño taller donde confeccionaban pantalones de mezclilla, empezó a trabajar en una planta que cosía la misma prenda para la marca “L”.

Era una empresa de 500 a 800 operarios, con distintos turnos para tomar café, con un timbre exacto para entrar a trabajar, donde tienes supervisoras, ingenieros, inspector de calidad, muchas personas que están pendientes de lo que uno haga y tiene una producción por hora, exacta, que vigilan que no salga nada malo, y todo eso. Es mucha tensión... Allí trabajaba en producción, a veces cortando hebras, a veces empacando pantalones, a veces pegando pasadores o pegando cuero, etc. En todos lados se les ocurría ponerme.

Lo que distingue a Shirley, según sus propias explicaciones, es su rapidez y versatilidad. Por eso siempre estaba en la punta de la línea de producción. Después de “L”, estuvo trabajando en otra empresa *donde se hacía de todo*:

Todo lo traían cortado de Estados Unidos, de allí mandaban enaguas, blusas, vestidos, shorts, pantalones, de todo lo que no fuera de mezclilla, sino tela suave, de seda. He andado por todos lados. Ana es testigo de que me ponen donde se les ocurre: pegar y sacar cuellos, pegar mangas, hacer puños de las mangas... lo único que no he hecho, porque no me ha gustado es coser en la máquina de *overloc*, pero todos los otros tipos de máquinas, la plana, la multiaguja, de ruedo, de lo que fuera yo las trabajaba.

A los dos años de que Shirley salió la fábrica quebró y *no les pagaron ni un centavo a los empleados, ni el sueldo de la semana*. De allí se fue a Santo Domingo de Heredia donde entró a trabajar en *cx*, una fábrica pequeñita, de 100 a 150 empleados, de pantalones de vestir y de mezclilla.

El dueño tenía otra fábrica, luego las unió y a la nueva le cambió de nombre por “B” Esta última era una empresa más grande que fue, supuestamente, vendida a unos gringos. Por eso le pusieron “B” que significa “campana tica”. Y entonces ya empezó a llegar más material, ya eran más máquinas las que trajeron, había más empleados, y como el local era muy pequeño alquilaron una fábrica en la zona franca. Era una fábrica inmensa, ipero inmensa!, como cuatro veces más de donde trabajábamos antes. Llegamos a ser como unos 800 operarios. Yo trabajé seis años con esa gente, con ese montón de cambios de nombre. Como siempre allí hacía de todo: pegaba bolsas, *zipers*, hacía lo que se llamaba la jareta izquierda, unía frentes, pegaba pretinas... porque la mayoría eran pantalones de vestir, hacía el ruedo, *pero overloc no...* trabajaba en máquinas rarísimas de hacer bolsas.

En ese entonces, Shirley ya había adoptado a sus dos hijos y pagaba a una empleada para que los cuidaran a ellos y a su mamá. Tuvo una pareja por cuatro años, pero después se separó y siguió viviendo sola “entregada a mis deberes, al trabajo, a mis hijos que siempre me han ayudado.” Shirley está enferma de fibromialgia, enfermedad crónica que le produce intensos dolores musculares que “cuando me da me manda a la cama, casi no puedo moverme.” Por esa razón pidió su liquidación en “B”, aunque después de un año regresó. Fue en ese entonces cuando la compañía quebró. Cuando yo la conocí tenía seis años trabajando en la fábrica de pantalones *vhl*, en San José Central. Con todo y su enfermedad, trabajaba intensamente, como siempre cosiendo pantalones pero con la esperanza de que su vida cambiara. Decía amar la costura pero también aspiraba a tener su casa propia para poner un negocio: “Para estar trabajando y al mismo tiempo ver a mis hijos y mi casa.”

Como podemos ver, la vida laboral de estas trabajadoras estuvo marcada principalmente por su trabajo en la maquila de confección, aunque su entrada en este mercado haya tenido como antecedente el trabajo en los servicios y el comercio. Entre estas trabajadoras había un cierto orgullo del oficio aprendido a base de muchos sacrificios, que para muchas significó el paso de la vida en el campo a la vida urbana, y ya aquí la transición entre el trabajo informal en los servicios y el comercio al trabajo industrial, mitad informal mitad formal, pero con un perfil claramente definido en torno a las distintas fases y operaciones de la confección, desarrolladas desigualmente entre los establecimientos micro, pequeños y medianos de la industria orientada al mercado nacional y los distintos engranajes de la cadena de subcontratación maquiladora: los pequeños talleres de costura; empresas pequeñas y medianas de capital nacional, y grandes empresas cuyos dueños eran prioritariamente estadounidenses. Para todas ellas, el trabajo en la confección fue el primero en la industria, donde pasarían la mayor parte de su vida laboral, por lo cual podemos hablar de “la formación de una identidad laboral especializada en la confección.” Esto quiere decir dos cosas: que a lo largo de su trayectoria laboral se hicieron operarias de la costura, con lo que esto conlleva en términos del dominio del oficio y del mercado especializado de trabajo, pero en términos más generales, se construyeron a sí mismas como obreras industriales. Como vimos en el caso de Elisa, de su experiencia en la maquila le quedó no sólo el aprendizaje del oficio, sino de la disciplina industrial misma en un contexto de flexibilización productiva. Esto explica, por ejemplo, que pudiera adaptarse sin grandes dificultades al trabajo industrial en la electrónica. Finalmente, por tratarse en gran parte de un mercado feminizado, aunque esto empezó a cambiar a mediados de los 1990, la identidad industrial como trabajadoras de la confección de estas mujeres es también una *identidad de género*, definida así desde el *sí mismo* de este conglomerado femenino y por la marca social impuesta a esta actividad por el mercado de trabajo.

En resumen, cuando hablamos de *trayectorias continuas* entre las trabajadoras de la maquila de confección costarricense, nos referimos a la permanencia continua en este sector de la industria a partir de su primer empleo, que les permitió adquirir una cierta forma de habilidad para moverse en este mercado (movilidad de mercado), y de autonomía en su vida personal, familiar y laboral (movilidad como logro personal), condiciones que desembocaron en la construcción de una identidad laboral que las distingue como parte de un conglomerado industrial femenino.

Habría que añadir que estas identidades se consolidaron en la medida en que la experiencia personal y de mercado se expresó como un sentimiento de realización de sus aspiraciones como mujeres, por encima de las exigencias reproductivas. Esto, aunque parezca contradictorio, no implica que su situación material mejorara objetivamente o que las fuerzas del mercado dejaran de imponerse en la orientación de sus ocupaciones de mujeres con posibilidades limitadas desde el punto de vista de sus calificaciones. La experiencia de autorrealización de estas trabajadoras constituye de alguna manera una condensación de las otras experiencias “en su yo interno,” en su biografía “tal y como es concebida y narrada por ellas mismas,” en la que sus “crudas realidades” son resignificadas para transformarse en hechos que

dan sentido a sus vidas. Así concebida, la historia laboral de las mujeres de la maquila es resignificada como la historia de su constitución como sujetos capaces de elegir “lo que serán y lo que son” (De Gaulejac 2002: 56).

En las narrativas de Elisa, Virgen y Shirley, estos momentos de condensación de su subjetividad se expresan como situaciones en las que hacen coincidir, real o imaginariamente, ciertas decisiones sobre lo que son ahora y lo que podrían ser en el futuro: construir o comprar una casa, tener un negocio propio, conciliar su vida de trabajo y familiar, tener un hijo y ser independientes. Estas y otras más son disyuntivas en las que se juegan lo que son ahora y lo que podrían ser en el futuro. En este sentido, su identidad como trabajadoras de la maquila es una identidad siempre provisional, que se construye como proceso, que expresa lo que han sido, el compendio de sus múltiples experiencias, pero es también la reexplicitación continua de su horizonte de vida a la luz de lo que son ahora y de lo que desearían ser en el futuro. De ahí que ser trabajadora de la maquila en el presente, reconocerse como tal, no se contradice con sus imaginarios futuros de tener su propio taller de costura u otro negocio propio que eventualmente les permitiría conciliar sus papeles familiares, de madres-amas-de-casa-jefas-de-familia, y trabajadoras.

Sobre esta experiencia, veamos los casos de Eugeni y Cristina, quienes viven en una barriada popular en el cantón de Desamparados y forman parte de un grupo de mujeres organizadas para financiar sus micronegocios.

LA EXPERIENCIA DEL AUTOEMPLEO

La historia de Cristina es la de una mujer que llegó a los 17 años a San José buscando trabajo. Después de dos años de trabajar como empleada doméstica, se casó e ingresó a trabajar en un taller de confección de ropa de bebé. Allí pasó largos 16 años en los que aprendió las diversas operaciones del oficio, principalmente a confeccionar patrones y a cortar. En ese tiempo tuvo a sus dos primeros hijos y posteriormente se separó. Ya sola se fue a vivir a Heredia en donde una tía la ayudó a encontrar trabajo en un taller chico, con no más de 30 trabajadores, en el que cosían ropa de mujer para un almacén cercano, *de todo lo que estuviera de moda*. Por su buen desempeño llegó a ser la segunda del gerente y aprendió todo lo concerniente al manejo de la empresa. Después de dos años y medio de trabajar allí el taller quebró y se quedó desempleada. En ese tiempo nació su tercer hijo producto de una segunda unión.

En su trayectoria como trabajadora del ramo de confección, su primera transición importante fue entre esta primera y larga etapa, casi 18 años, trabajando en pequeñas empresas de producción para el mercado local, y su incorporación a las empresas grandes de la maquila. Este cambio lo califica como *muy brusco*. En primer lugar, ella siempre había sido cortadora. Aprender a usar las máquinas de costura fue un cambio importante en un espacio distinto de cerca de 1 000 trabajadores:

Al principio, trabajar en “F” me provocaba mucha tensión. En los otros lugares trabajaba más tranquila, hacía lo que podía. Fueron mis peores días de trabajo, hasta que me acostumbré.

El tiempo que permaneció en “F” fueron muy difíciles también porque para sobrevivir con sus hijos, y pagar su casa, que había comprado en una barriada popular al suroeste de San José, trabajaba cuatro horas por las noches y los sábados de 7 a 11 de la mañana en un taller de corte, que a su vez mandaba maquilar a costureras individuales. Allí le pagaban por prenda. Cuando no pudo más, se encontró lista para su segunda transición. Después de dos años y medio de estar en “F”, agotada por su doble y triple jornada, realizó un “enroque” con su hija mayor quién decidió dejar la escuela y entrar a trabajar en la misma empresa que estaba dejando su madre. Con el apoyo de su hija, se dio el tiempo para tomar un curso de *alta costura* y comprar con sus pocos ahorros una primera máquina, “la plana, la más indispensable,” para crear un taller en su propia casa. En aquel curso aprendió las cosas que no sabía hacer, “a confeccionar completa una prenda, a hacerla bien hecha, lo que se llama alta costura, no como en la fábrica.” Con el tiempo, y gracias al crédito que pudo obtener a través del grupo de mujeres emprendedoras del que formaba parte, compró otras máquinas, una *overloc* para terminar la ropa, y después la de dos agujas. “Además hice un localito, que no tenía, pues cosía en el mismo cuarto.”

Cristina empezó a coser para sus vecinos y así se fue haciendo de más clientela. Cosía de todo, “directamente para el consumidor,” preferentemente ropa de mujer:

Sacos, blusas, enaguas, pantalones, que es lo que más trabajo da. Pero también hago *gabachas*, pantalonetas, camisas de hombre, pijamitas, nunca dejé de hacer pijamitas para niño, y pijamas para mujer, así grandes. Uno ve qué está de moda, qué tiene salida, entonces lo hace. Muchos me piden sólo la prenda y otros con todo y tela.

Cuando conocí a Cristina su hija Roci había dejado la fábrica y estaba estudiando para técnica de máquinas de coser, aunque generalmente ambas trabajaban juntas en el taller. Al hacer un balance de su nueva vida, se sentía satisfecha de haber logrado conciliar su vida de trabajo y familiar. Describía así sus arreglos cotidianos:

Normalmente me levanto a las seis, a las ocho ya estamos trabajando y casi siempre arreglamos la casa entre las dos. Nos bañamos, desayunamos y empezamos a trabajar a las ocho. A las 12 vamos a almorzar y regresamos otra vez a las máquinas. A las cuatro o cinco tomamos el cafecito y otra vez a las máquinas. Ahora que ella está estudiando yo estoy solita. A veces interrumpo para atender un cliente, llegan uno o dos por día para tomar medidas... Los sábados me levanto tarde, o también puedo hacerlo un martes o un jueves. Tengo mi tiempo para llevar al niño pequeño a la clínica, o para mí, para salir, y cuando tengo mucho trabajo, trabajo hasta los domingos.

En ese entonces, su hijo mayor le ayudaba con los gastos de la casa y estaba pensando en construir atrás de su casa un departamentito para alquilarlo. Haciendo un balance de sus logros, me dijo:

Gracias a Dios he cumplido mis metas: tener mi casita, poder estudiar y ser alguien para trabajar en lo propio y trabajar en la casa. También esto lo cumplí. Tengo mi trabajo y puedo sacar a mi hijo pequeño adelante. Los mayores ya están haciendo sus cosas. Todo lo que me he propuesto hasta el momento lo he realizado.

Eugeni, como ya vimos líneas arriba, creció en medio de enormes dificultades económicas y familiares en el AMSJ. Su vida se divide entre antes y después de casarse. Desde muy pequeña trabajó eventualmente en casas para ayudar a su familia y estando todavía en la escuela, a los 16 años, se inició en la costura como muchas otras trabajadoras del ramo en pequeños talleres-almacenes. Permaneció un año en un taller del centro de San José en el que aprendió la difícil tarea del plisado de “faldas cruzadas”. Cuando terminó la escuela secundaria, a la semana se casó y dejó ese empleo. Es de las pocas mujeres del grupo estudiado que interrumpió su trayectoria laboral por la unión y maternidad, y no volvería a trabajar hasta que su primer hijo tuvo cuatro años. La segunda etapa de su trayectoria laboral coincide también con su separación. Desde antes empezó a buscar trabajo debido a una situación familiar difícil que la hizo “tomar su vida en sus manos.” Recuerda que:

Él (su marido) tomaba mucho alcohol, no había nada que comer y entonces “pensé que tenía que trabajar.” Cuando el salió de la casa lo hizo con una denuncia porque me pegó. La primera vez me convenció que no volvería a suceder, pero la segunda ya no. La segunda vez fui y lo denuncié.

Para entonces, Eugeni ya estaba trabajando en CHCL, la fábrica de ropa para niños de Paso Ancho por la que pasaron muchas de las trabajadoras de la época. Su hermana trabajaba allí. A diferencia de otras que duraron poco tiempo en este establecimiento, ella permanecería por 10 años en los que hizo una carrera ascendente de aprendiz a jefa de planta, misma que según declara le ayudaría a conocer “cómo se maneja una empresa.” Durante año y medio trabajó directamente en la línea de producción, luego pasaría por los siguientes cuatro años a ser supervisora de calidad. Estando en ese puesto nació su segunda hija y ascendió a jefa de producción. Su trabajo principal era “medir los tiempos” y vigilar que los demás cumplieran con su trabajo. El haber llegado allí la hace sentirse orgullosa “de acordarme que yo era la que tenía que lavar los pisos y luego llegar a tener el mando, fue un logro muy grande.” Pero al mismo tiempo, manifiesta un sentimiento de ambivalencia frente a sus logros:

Estaba presionada por los dos lados. Tenía que luchar por la empresa, pero también tenía que luchar por el personal, porque uno ya pasó por eso, porque sabe que si no hay nada que lo motive no se trabaja a gusto.

Con todo, esta experiencia fue fundamental para el futuro de Eugeni. Cuando ella sintió que no era indispensable en la fábrica, porque en parte estaba siendo sustituida por una ingeniera que fue contratada para mejorar la producción, tomó la decisión de renunciar. Para entonces su vida personal había dado un nuevo giro. En esos años había logrado construir su casa en el barrio de LG, con la ayuda de un hermano. Así fue como conoció al que llegaría a ser su segundo esposo, a quién primero contrató para hacer la herrería de la construcción. Cuando ella ya estaba instalada allí, empezaron a vivir juntos. Esta nueva situación la animó a dejar la fábrica y a llevar a cabo su proyecto de instalar en su casa un taller de costura y un bazar al que llamó “Las ilusiones”, donde “vendía de todo”: cuadernos, lápices, regalos, ropa que ella misma cosía, etc. Su nuevo esposo trabajaba por su cuenta e instaló su taller de herrería allí mismo, en el patio de la casa. Él se hizo cargo por completo de la familia mientras ella tomaba primero un curso de manualidades y luego se capacitó junto con un grupo de mujeres que recibieron créditos para iniciar sus propios negocios. Después de dos años de preparación logró sus objetivos. Cuando yo la conocí, había ampliado su local, iba por su tercer crédito y estaba por

asumir la presidencia del grupo de mujeres emprendedoras de LG. Con su esposo había hecho un trato para que cuando él no tuviera trabajo la ayudara a atender la pequeña tienda, de esa manera ella se sentía más libre para salir. También la ayudaba su hija adolescente y eventualmente una vecina a quién remunera por sus servicios. Su hijo mayor estudiaba la vocacional. La última vez que la ví había sido madre por tercera vez, su pequeño hijo tenía seis meses.

TRAYECTORIAS INTERMITENTES

Por último veamos el caso de las trabajadoras con trayectorias intermitentes. La diferencia principal entre estas trabajadoras y las que tienen trayectorias “continuas” es que las suyas fluctuaron entre la confección y otras actividades. Mientras que las primeras una vez que se incorporan a la industria del vestido se mantienen allí, incluidas las que crean sus propios talleres considerados por ellas mismas como una continuación de su oficio como trabajadoras de la confección.

La situación de las trabajadoras con trayectorias intermitentes nos ilustra también que no bastan los años de permanencia en la industria de confección para construir una identificación como trabajadoras de este sector, sino el significado que en su conjunto le dan a su experiencia en este sector para valorar su presente, su pasado y su futuro laboral. De entre las cuatro trabajadoras que tienen una trayectoria intermitente, Carmel, Dila, Marlen y Miriam, solamente esta última continuaba como empleada de la maquila en el momento de la entrevista. Si consideramos que su empleo inmediato anterior había sido por tres años en otra empresa del mismo sector, y que había permanecido cuatro en la última, podría plantearse la posibilidad de que siguiera en la misma empresa o en el mismo sector de actividad, salvo porque declaró que le gustaría dejar su actual trabajo para instalar un negocio propio. Las otras tres siempre combinaron su trabajo en la maquila con otros empleos no maquiladores a lo largo de su trayectoria. Carmel, por ejemplo, representa el caso típico de las costureras de empresas tradicionales que no se adaptaron a la dinámica del trabajo maquilador. Siguiendo a su hermana Cristina, renunció a su trabajo de 17 años en una empresa de este tipo e ingresó a “F”, que como hemos visto fue una de las maquiladoras más importantes del AMSJ. Después de seis meses fue despedida “porque no daba el 100%.” A partir de entonces estuvo ocho años limpiando oficinas por intermedio de una empresa subcontratista y cuando la conocí era empleada doméstica. Aunque igual que su hermana había logrado obtener una casa propia en el mismo barrio junto con su marido, no pensaba en trabajar por su cuenta y más bien se lamentaba por no haber podido adaptarse a la vida en la ciudad. Añoraba regresar a vivir a su pueblo en el sur de la provincia de San José, al que no ha dejado de ir cada año a recolectar café en época de cosecha.

Dila es un caso de trayectoria intermitente, no sólo porque su trabajo en las maquilas de confección ha sido discontinuo sino porque lo ve como un trabajo que le ha permitido sobrevivir en distintos momentos de su vida pero que no reconoce como un oficio en el que se sienta experta, que le permita moverse con conocimiento en el mercado y a partir del cual haya elaborado un proyecto personal. Su relación con Elisa, durante el tiempo en el que coincidieron trabajando en CHCL, le permitió sensibilizarse con la lucha por los derechos laborales de las mujeres y despertó en ella sus anhelos de seguir estudiando, pero esta experiencia lejos de reforzar su relación con el trabajo en la confección la llevó a ilusionarse con la idea de llegar a ser una promotora social. Mientras tanto trabajaba en lo que podía para sobrevivir con sus dos hijos, principalmente a partir de su separación.

Marlen es también una trabajadora de la confección esporádica. Aunque casi la mitad de su vida laboral permaneció en CJ, una empresa mediana que cosía ropa interior de hombre y mujer para una marca estadounidense, la otra mitad fue secretaria y manicurista. Junto con Eugeni, fueron las únicas mujeres de la muestra que terminaron sus estudios secundarios. Como no pudo seguir adelante en la escuela, como eran sus deseos, tomó un curso corto de mecanografía y trabajó ocho años como secretaria, interrumpidos primero para ayudar a su tía en un salón de belleza y luego por su matrimonio y maternidad. Entró a CJ porque le fue mal en su matrimonio y necesitaba trabajar. Por 11 años fue inspectora de calidad, lo que le daba a su juicio una jerarquía distinta a la de las operarias que estaban directamente en la línea de producción. No se considera propiamente una operaria de la costura. Sin embargo declara que su trabajo le gustaba mucho pero que “en los últimos tiempos se había vuelto muy incómodo, el espacio donde ella trabajaba se redujo y aumentó la producción, ya no había comodidad.” Por estas razones renunció y cuando yo la conocí administraba un pequeño comercio de su mamá, trabajaba tres días a la semana y se sentía “jefa de su vida.”

CONCLUSIONES

Al final de este recorrido por las experiencias de vida y trabajo de las obreras de confección costarricense, lo que observamos son los cambios profundos en sus modos de vida y formas de experiencia e interpretación de su existencia individual y social, que se producen en el contexto de las nuevas formas de división del trabajo y de globalización de la producción, experimentadas en las dos últimas décadas del siglo pasado y la primera del actual. La importancia de profundizar en estos cambios culturales desde lo que ocurre en la periferia de los procesos globales, es que nos permite tener una visión del cambio social desde lo local, e insistir también en que estos cambios indefectiblemente son resultado de las interpretaciones particulares que sobre ellos elaboran los individuos a lo largo de su vida.

Particularmente buscamos profundizar en los efectos de la globalización en un contexto local particular y en un momento preciso que corresponde al *boom* de la maquila de confección en el territorio conocido como el área metropolitana de San José, Costa Rica.

Con este propósito seguimos una estrategia de investigación biográfica, en la que el camino para la construcción del dato se elaboró en el terreno mismo de la investigación. De acuerdo con esta estrategia, obtuvimos una muestra cualitativa que refleja muy bien las trayectorias diversas de ingreso y formación del conglomerado maquilador femenino del AMSJ, y sus tempos individuales y sociales. Por esta razón, la parte medular de este artículo está dedicada a analizar estas trayectorias. Sin embargo, no quisimos limitarnos a estudiarlas como si fueran una colección escueta de eventos dispuestos en el tiempo. Más bien, pusimos el énfasis en el sentido que las trabajadoras de la maquila le otorgan a cada una de sus situaciones laborales, y al conjunto de su trayectoria entendida como un compendio del conocimiento adquirido a través de sus múltiples experiencias, de su registro reflexivo, de su reexplicitación permanente, que hacen de sus trayectorias una trama vital de significaciones. Esta trama está compuesta por sus antecedentes familiares, su entrada en el mercado de trabajo, su trayectoria en la confección y finalmente por el proceso recursivo a partir del cuál algunas de estas mujeres pudieron convertirse en sujetos capaces de reconocerse a sí mismas dentro de los límites de su experiencia vital y laboral. En este sentido, la distinción entre trayectorias continuas e itinerantes, es sólo un artificio metodológico para profundizar en los elementos constitutivos de su mundo intuitivo, reflexivo, que hicieron posible la regeneración de sus vidas, su reorganización, su reparación y su accionar en los múltiples universos de su experiencia. Contrariamente a lo que encuentran otros autores, que subrayan la fragilidad de los lazos de pertenencia e identificación con el trabajo de las trabajadoras de la maquila, nuestra investigación se propuso ir más allá de esta apariencia y demostrar que aún en estas condiciones puede haber resquicios para la construcción de identidades individuales y colectivas. Lo que encontramos en esta investigación es que aquellas mujeres que se mantuvieron en la industria de la confección, una vez que ingresaron, que se apropiaron de los saberes del oficio y desarrollaron estrategias eficaces para moverse en este mercado de trabajo, pudieron sacar provecho de esta experiencia y llevar a cabo un proceso personal mucho más complejo, autoconstitutivo de su propia identidad. Este proceso significó, para algunas “ponerse en el centro del mundo” (Morin 2002), del mundo revisado desde su experiencia, para realizar todas las acciones de salvaguarda, de protección, de defensa de su “yo interno” y, al mismo tiempo, del su “mundo externo”, para finalmente reorientar su trayectoria laboral hacia sus propios intereses como individuos-sujetos.

La inserción en el trabajo de las mujeres, y su trayectoria laboral, constituyen una síntesis de diversos procesos de sobrevivencia, de mercado, y personales que en cada contexto social y experiencia personal adquiere un sentido distinto. En esta ocasión quisimos subrayar el logro de autonomía personal de un grupo de mujeres a lo largo de su vida laboral en la industria de la confección, poniendo el énfasis en su situación laboral. Queda por profundizar en otros aspectos que también son muy importantes para explicar la autonomía femenina como son la experiencia de las mujeres en el ámbito doméstico y comunitario en distintos momentos de su ciclo de vida.

Podríamos concluir diciendo que estudios como éste pueden ser útiles para analizar las formas actuales de trabajo, femenino y masculino, en condiciones de alta vulnerabilidad, que atentan no sólo en contra las condiciones básicas del trabajo humano sino incluso en contra de la propia integración de las personas. Por esta razón, creemos que es imprescindible considerar como línea de investigación el estudio de los mecanismos subjetivos de salvaguarda que los individuos pueden llevar a cabo en las condiciones impuestas por la globalización y flexibilización del trabajo, porque pueden abrir nuevos caminos de reflexión, que desde otros ángulos de observación son invisibles, sobre las nuevas formas de reconstitución de lo social.

NOTAS

- 1 Al respecto puede consultarse a Buitelaar (2000), CEPAL (1990), Chinchilla & Hamilton (1994), García (1993), Gitli (1997), Hernández (1996), Pérez Sáinz (1994).
- 2 Véase a Fernández (2001), Guzmán (1996), Pérez Sáinz (1995, 1996a, 1996b), Quinteros (s/f), Trejos, 2003.
- 3 La investigación fue realizada en 2001, 2002 y 2005 con el apoyo financiero del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, México, y el respaldo institucional de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Costa Rica.
- 4 Los datos reconstruidos por Trejos (2003:156) para los cinco países centroamericanos, entre 1994 y 2000, se refieren en su conjunto a la producción de prendas de vestir en zonas francas, recintos fiscales o régimen de perfeccionamiento activo, salvo el caso de Costa Rica. Para este país, se muestran por separado las cifras relativas a la industria maquiladora de exportación tomadas de la Oficina de Cuotas Textiles, y las de las empresas textiles no maquiladoras proporcionadas por la página web de SIECA.
- 5 De acuerdo con este estudio, las empresas exportadoras de prendas de vestir de Centroamérica lograron enfrentar la competencia con un aumento de la productividad y la contención de los costos de producción, en particular los costos laborales.
- 6 Entre 2000 y 2001, de acuerdo con datos oficiales de la Promotora del Comercio Exterior de Costa Rica (PROCOMER), cerraron 28 empresas. En mi propia investigación, realizada a mediados del año 2002, gerentes de 13 empresas de las provincias de San José, Heredia, Alajuela y Puntarenas reportaron el cierre de 31 empresas. En medio de estos datos negativos para la industria de confección, en el primer año del siglo se anunció la ampliación hasta 2005 de los beneficios de la Iniciativa de la Cuenca del Caribe, con la que se esperaba la duplicación en toda la región centroamericana de los empleos existentes hasta ese año. Sin embargo, las diferencias regionales hablan por sí solas del impacto por país de esta iniciativa: para Honduras se esperaban 250 000 nuevos empleos frente a 6 000 en el caso de Nicaragua y Costa Rica, respectivamente (OIT 2001).
- 7 Datos del Banco Central de Costa Rica y CINDE, citados en *Impact of Intel in Costa Rica* (2006). Documento publicado por The World Bank Group/MIGA (http://www.fdi.net/documents/WorldBank/databases/investing_in_development/intelcr/casestudiesIntel.pdf).
- 8 Lo mismo se puede observar en relación a la población asalariada que en su conjunto baja en estos años mientras las mujeres en este renglón experimentan un crecimiento sostenido.
- 9 A principios del nuevo siglo existían dos esquemas principales: el régimen de perfeccionamiento activo (inicialmente llamado de admisión temporal) y el régimen de zonas francas. En el primero se ubican la mayor parte de las empresas nacionales llamadas maquiladoras que se localizan a lo largo del territorio nacional y que están exentas de impuestos para recibir, transformar y reexportar bienes terminados a terceros en el extranjero. Estas empresas están impedidas de vender parte de su producción dentro del territorio nacional. El segundo esquema rige a las empresas establecidas dentro de determinadas áreas geográficas, pero también comprende las áreas extra aduanales específicas que regulan la situación de empresas que bajo este esquema se localizan en el resto del territorio nacional. Las empresas que están bajo este régimen pueden vender parte de su producción dentro del territorio nacional.
- 10 El área metropolitana de San José está constituida por los cantones y distritos del centro y norte de esta provincia, que rodean la ciudad capital, y los alrededores de las provincias limítrofes de Heredia, Cartago, Alajuela y Puntarenas.
- 11 Nowalski, Morales & Berliavsky (1994: 24) observan que a mediados de los años 1990 las plantas maquiladoras se movieron hacia comunidades semi-urbanas del Valle por la escasez relativa de mano de obra en el sector central del país. Paralelamente, también se observa "...la movilización de un importante contingente de fuerza de trabajo agrícola hacia esos nuevos centros de empleo".
- 12 En 1991 la Cámara Textil y de Confección (CATECO) reportaba en esta industria 50 000 empleos, y calculaba 20 000 más incluyendo el generado por subcontratistas. Sin embargo, estos datos no coinciden con los 44 713 calculados por el Banco Central (Nowalski, Morales & Berliavsky 1994: 41).
- 13 Para conservar el anonimato de mis informantes cambié su nombre y les asigné un número para facilitar su identificación en las tablas y el mapa que resumen sus trayectorias y sus datos sociodemográficos.
- 14 Las posibilidades de acercamiento con cada una de ellas fueron diferentes. En unos casos pude encontrarlas en ocasiones repetidas y pedirles que contestaran a las preguntas de un cuestionario de datos sociodemográficos y después tener con ellas una entrevista en profundidad. En otras sólo fue posible aplicar el cuestionario. En las entrevistas grupales participaron algunas de estas mismas trabajadoras entrevistadas pero también otras a las que sólo pude ver en esa ocasión y de las cuales guardo como únicos testimonios los vertidos en la discusión colectiva. Las trabajadoras identificadas con un código numérico son a las que pude aplicar el cuestionario. En esta tarea tuve la ayuda invaluable de la entonces estudiante universitaria Karla Sequeira.
- 15 Allí trabajaba Elisa, a quién tres años después me la volví a encontrar cuando ya estaba trabajando en una planta de Intel. Su biografía laboral es fiel reflejo de los cambios que sufrió la economía exportadora costarricense.
- 16 Este colectivo fue constituido como parte del Programa de Crédito del Instituto Mixto de Ayuda Social y el Fondo de Integración y Desarrollo, con apoyo del PNUD-UN, para beneficiar particularmente a mujeres en situación de pobreza. Al respecto véase Cascante (s/f).
- 17 Esta idea de "individuo producido" y e "individuo productor" la retomo de Vincent Gaulejac (2002).
- 18 Por ejemplo los desplazamientos y/o cambios en el universo familiar y en el orden profesional laboral.
- 19 Tomo la idea de Lahire (2004), quién se refiere al genérico "hombre plural".
- 20 Las experiencias de movilidad las entendemos como las definiciones o explicaciones que dan las personas sobre su movilidad en el mercado de trabajo. Estas explicaciones no son excluyentes, aunque en ciertos momentos una pueda ser la predominante.

BIBLIOGRAFÍA

- Bodson, Paul, Allen Cordero & Juan Pablo Pérez Sáinz 1995 - *Las nuevas caras del empleo*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, San José, Costa Rica.
- Buitelaar, Rudolf 2000 - América Central y República Dominicana: modernización y ajuste en la maquila de confección. *Integración & Comercio* (11): 135-164.
- Cascante, Loria A. s/f. - *Aprendiendo de nosotras: experiencias de microcrédito urbano con grupos de mujeres*. Costa Rica, Instituto Mixto de Ayuda Social y Fondo de Integración y Desarrollo.
- CEPAL 1990 - *Reconversión industrial en Centroamérica*: 35-40. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Santiago, Chile.
- Chacón, Francisco 2000 - Comercio internacional de los textiles y el vestido: reestructuración global de las fuentes de oferta en EE UU durante la década de los años noventa. *Integración & Comercio* (11): 19-52.
- Chinchilla, Norma & Nora Hamilton 1994 - The Garment Industry and Economic Restructuring in México and Central América. In Edna Bonacich et al. (eds.), *Global Production: the Apparel Industry in the Pacific Rim*: 287-305. Temple University, Philadelphia.
- Cordero, Allen & Minor Mora 1998 - Costa Rica: El mercado de trabajo en el contexto del ajuste. In Edward Funkhouser & Juan Pablo Pérez Sáinz, *Centroamérica en reestructuración*: 219-279. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, San José, Costa Rica.
- De Gaulejac, Vincent 2002 - Lo irreductible social y lo irreductible psíquico. *Perfiles Latinoamericanos*, año 10, (21): 49-71.
- Fernández, Janina (ed.) 2001 - *Enhebrando el hilo: mujeres trabajadoras de la maquila en América Central. Contexto económico y social del empleo en la maquila textil y de vestuario*. OIT, Embajada de los Países Bajos, San José, Costa Rica.
- García, Norberto 1993 - *Ajuste, reformas y mercado laboral: Costa Rica, 1980-1990, Chile, 1973-1992, México, 1981-1991*. Organización Internacional del Trabajo, Santiago, Chile.
- Gitli, Eduardo 1997 - "La industria de la maquila en Centroamérica." Informe para el Seminario Subregional de Empleadores de Centroamérica y República Dominicana, Oficina Internacional del Trabajo, San José, Costa Rica.
- Guadarrama, Rocío 2006 - Identidades resistencia y conflicto en las cadenas globales. Las trabajadoras de la industria maquiladora de la confección en Costa Rica. *Revista Desacatos* 21. CIESAS, México.
- Guzmán, Laura 1996 - Implicaciones de la globalización en los derechos de las mujeres trabajadoras de la maquila: el caso de Centroamérica. *Revista Centroamericana de Economía* 1 (46-47): 168-181.
- Hernández, Alcides 1996 - Centroamérica y su inserción de la globalización. *Revista Centroamericana de Economía* 1 (46-47): 60-85.
- Lahire, Bernard 2004 - *El hombre plural. Los resortes de la acción*. Editorial Ballaterra, Barcelona.
- Morin, Edgar 2002 - La noción de sujeto. In Dora Fried Schnitman, *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*: 67-85. Paidós, Buenos Aires.
- Nowalski, Jorge, Pedro Morales & Gregorio Berliavsky 1994 - *Impacto de la maquila en la economía costarricense*. Alternativas de desarrollo/ Fundación Friedrich Ebert Stiftung, San José, Costa Rica.
- OIT 2001 - La maquila crece en América Central: nuevas oportunidades, viejos problemas. *Proyecto para mujeres trabajadoras de la maquila en América Central*. San José, Costa Rica.
- Pérez Sáinz, Juan Pablo 1994 - Referentes históricos y teóricos para contextualizar el proceso de reestructuración industrial en Centroamérica. In Juan Pablo Pérez Sáinz (ed.), *Globalización y fuerza laboral en Centroamérica*: 11-47. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, San José, Costa Rica.
- 1995 - *Impacto socio-laboral de maquilas y zonas francas en Centroamérica y República Dominicana*. Oficina Internacional del Trabajo, Costa Rica.
- 1996a - Maquila y trabajo en Centroamérica. *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo* (2): 29-48.
- 1996b - *De la finca a la maquila. Modernización capitalista y trabajo en Centroamérica*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, San José, Costa Rica.
- 2001 - Globalización, territorialidad y comunidad: reflexiones sobre las dinámicas locales en Centroamérica. In Juan Pablo Pérez Sáinz et al., *Globalización y comunidades en Centroamérica*: 189-274. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Costa Rica/Programa El Salvador, San José, Costa, Rica.
- Quinteros, Carolina (s/f) - *Resistiendo creativamente. Actores y acción laboral en las maquilas de ropa en Centroamérica*. Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica.
- Trejos, María Eugenia 2003 - "La organización del trabajo: El concepto y su movimiento. El caso de la industria de prendas de vestir en El Salvador y Costa Rica." Tesis doctoral. Posgrado en Estudios Sociales, línea Estudios Laborales, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, México.